

REPOSITORIO ACADÉMICO DIGITAL INSTITUCIONAL

“CONSIDERACIÓN METAFÍSICA Y ANTROPOLÓGICA DEL MISTERIO DEL MAL”

Autor: Francisco Javier Guzmán Salas

Tesina presentada para obtener el título de:
Licenciado en Filosofía

Nombre del asesor:
Pbro. Lic. Salvador Flores Sánchez

Este documento está disponible para su consulta en el Repositorio Académico Digital Institucional de la Universidad Vasco de Quiroga, cuyo objetivo es integrar, organizar, almacenar, preservar y difundir en formato digital la producción intelectual resultante de la actividad académica, científica e investigadora de los diferentes campus de la universidad, para beneficio de la comunidad universitaria.

Esta iniciativa está a cargo del Centro de Información y Documentación “Dr. Silvio Zavala” que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados.

Esta Tesis se publica bajo licencia Creative Commons de tipo “Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada”, se permite su consulta siempre y cuando se mantenga el reconocimiento de sus autores, no se haga uso comercial de las obras derivadas.





UNIVERSIDAD VASCO DE QUIROGA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

“CONSIDERACIÓN METAFÍSICA Y ANTROPOLÓGICA
DEL MISTERIO DEL MAL”

TESINA

Para obtener el grado de:

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

Presenta:

FRANCISCO JAVIER GUZMÁN SALAS

ASESOR DE TESINA:

PBRO. LIC. SALVADOR FLORES SÁNCHEZ

CLAVE 16PSU0024X

ACUERDO No. LIC 121129



M.R.

MORELIA, MICH., MARZO DE 2024

A Dios, por permitirme la dicha de la vocación.

A mi familia, por estar siempre conmigo.

A mis amigos, por acompañarme en este camino.

A todos ellos, MUCHAS GRACIAS.

INTRODUCCIÓN

La evidente imperfección humana que se hace presente en toda la historia de la humanidad, es y ha sido origen de innumerables cuestiones sobre dicha limitación. El hombre no ha cesado en la búsqueda de las verdades, muchas veces hasta enigmáticas, de las cuales, sólo de algunas ha encontrado respuesta y de otras ha tenido que conformarse sólo con lo que su capacidad alcanza dejando las puertas abiertas a la dogmática.

Esta limitación que mejor conocemos como mal, se encuentra enraizada o mejor dicho forma parte de la esencia de este mundo imperfecto, razón por la cual es imposible erradicarla totalmente dado la contingencia de los seres finitos.

En favor de la investigación como del deseo de encontrar la verdad sobre el misterio del mal, he decidido presentar la siguiente tesina con el título “Consideración Metafísica y Antropológica del Misterio del Mal”, en la cual se pretende ofrecer algunas características y respuestas sobre aquello que ha aquejado al hombre desde su origen y lamentablemente en diversas ocasiones lo ha llevado a su destrucción. Una visión antropológica y metafísica, pues en el hombre es donde se hace más evidente la experiencia del mal y no podemos prescindir de la reflexión filosófica sobre aquello que no es sensible para nuestros sentidos,

pues el mal existe y se puede palpar de una manera cruel dentro del mismo hombre así como la capacidad de llegar a la perfección.

La vida está en constante sufrimiento de cambio, evoluciona y se va perfeccionando, se autodetermina y posterga una forma de vivirla ¿no es apasionante descubrir él porque de esto que es tan evidente? He aquí una de las razones sobre la exposición de los temas que se presentan a continuación.

La siguiente investigación se desarrolla en tres capítulos: el primero da un visión general sobre el mal tomando herramientas útiles del método escolástico, citando dos importantes filósofos para la historia, aunque muy distantes en contexto y tiempo, se plantearon la cuestión sobre el mal, Santo Tomás y Godofredo Leibniz. Respondiendo a cuestiones sencillas tales como: cuál es la definición de mal, su división, y un punto específico sobre El Bien, partiendo de que se considera como el contrario de la maldad. En el segundo se abordará el fenómeno del mal como tal, analizando la situación humana frente a esta realidad, es decir, presentar la constitución del hombre como ser finito, integrado por un cuerpo y un alma, así como la limitación de su ser que lo hace tender al mal y observar las formas en cómo este se puede presentar en la humanidad. En el tercero comenzaremos justificando la necesidad de la razón ante dicho misterio, dando así pautas para emprender la respuesta a la cuestión sobre el origen del mal y su relación con un Ser Supremo que posee la perfección en su totalidad.

Considero de gran importancia aclarar la pretensión al presentar dicho trabajo. En lo personal constantemente me cuestiona el sufrimiento del hombre, patente en cualquier lugar del mundo, ya sea en la calle, en la casa, o hasta en nosotros mismos, es decir, en nuestro interior. Lo anterior aproxima la disyuntiva ¿Tendrá algún sentido este sufrimiento o

simplemente es consecuencia de las acciones limitadas y vanas que el hombre realiza diariamente? Es cierto, difícil pregunta, pero real la cual no podemos evadir así sin darle la importancia que merece.

Expreso mi deseo: espero que las siguientes líneas tomadas de algunos libros que abordaban de maneras diversas el tema sobre el mal, les ayuden a incrementar su ciencia sobre este apasionante tema.

Agradezco a todos los que colaboraron para la realización de este trabajo, así como aquellos que han tenido a bien formar parte de esta vida mía que ha sido maravillosa y que me han ayudado a entender que el mal existe y qué bueno que así sea.

CAPÍTULO I

DEL MAL EN GENERAL

1. DEFINICIÓN DEL MAL

Es necesario, como preámbulo, considerar la complejidad para definir el mal. No es un dato que se presente en la experiencia primigenia ni dentro de las primeras respuestas que podamos encontrar sobre nuestros cuestionamientos filosóficos, razones expuestas en los siguientes párrafos, además de definir de manera muy general lo que es el bien. El bien es aquello que todos los seres desean. El bien puede definirse también como el Ser.

El mal se define como la ausencia de bien. Pero inmediatamente surge la pregunta. ¿Si el mal se define como la ausencia de bien entonces todos aquellos seres que no poseen algún bien no son buenos? Y respondemos: el mal no es simple carencia o simple negación de la bondad (propiedad trascendental del ser). El mal es posibilidad de privación, de algún bien que un ser concreto debería poseer, por tanto la mudez es un mal porque priva al hombre de hablar, aclarando que no todas las carencias en todos los seres son males, es decir, una piedra que no pueda ver no significa que sea mala por el hecho de no poseer el bien que en este caso es la acción de ver, dado que no le corresponde a su ser realizar dicha acción, o si un hombre carece de la capacidad de volar no quiere decir que sea malo en razón de que la acción de volar sólo le corresponde a ciertas aves.

Para concretizar definiremos el mal con el siguiente enunciado: “El mal es, pues, privación, y no simple negación de un bien que no será debido a un sujeto”,¹ siendo esto así ha de entenderse que el mal sólo puede presentarse en un ser que posea finitud, mas no en uno que sea perfecto. Más adelante analizaremos con detenimiento esta definición.

2. TIPOS DE MAL

A) Según Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás aborda el problema de la división del mal. Es importante considerar que en un principio, como toda cuestión tomista de la Suma Teológica, se plantea la tesis, utilizando el método de la *questio*, es decir, de pregunta: ¿Si el mal puede dividirse convenientemente en culpa y pena? Y posteriormente juicios en contra que afirmen la imposibilidad de división del mal argumentado con el siguiente silogismo: “Toda buena división se hace mediante opuestos. Pero la pena y la culpa no son opuestos, porque algún pecado (culpa) es pena de un pecado, como dice Gregorio. Luego el mal no se divide convenientemente en pena y culpa.”² Pero sabemos que al final termina por argumentar la verdad y refutando las opiniones contrarias, por ejemplo: “El mal de la criatura racional es doble: uno con el que voluntariamente se aparta del sumo bien, y otro con el que es castigada contra su voluntad. Los dos se llaman pena y culpa. Luego el mal se divide en pena y culpa”³.

¹MICHEL Grison, **Teología Natural o Teodicea**, Curso de filosofía tomista, Editorial Herder, Barcelona, 1980⁴, p. 221. ² DE AQUINO Santo Tomás, **Opúsculos y Cuestiones Selectas**, Edición Bilingüe, Biblioteca de Autores Cristianos, Serie Biblioteca Clásica, Madrid, 2003, p. 656.

³ Idem.

Veamos los tipos de mal que distingue El Aquinate.

i) El mal moral

También llamado de culpa, es el mal por excelencia, dado que se opone al Bien que no es Creado. La culpa es un mal de la acción vinculado obviamente con la voluntad teniendo más razón de mal en sí mismo, porque lo que hace que el ser sea algo es más que aquello que no optimiza que ese ser sea algo⁴, y ese mal se encuentra en él por la acción realizada. Ser castigado no es malo, lo que si se presenta como mal es haber accionado a favor de la reducción de mí ser que me convierte en candidato digno de castigo, es por eso que la culpa se encuentra en un grado mayor que el mal de pena, además de que se opone a la misma caridad que es la perfección primera y principal de la voluntad y porque entre más esté alejada una cosa del Bien Absoluto, más razón de mal tiene.

Esta culpa, consecuencia de la libertad, se presenta en las criaturas dotadas de inteligencia, capaces de elegir entre lo que es bueno y aquello que priva su bondad, o sea el mal y de dominar la duración, situación y desarrollo de las acciones desordenadas que proceden con la voluntad.

La privación de la trascendencia hacia el absoluto es una de las consecuencias que se manifiestan luego de hacer evidente la existencia del mal de culpa o mal moral, pero aclaremos que esta privación no es formalmente sino en cuanto a su efecto que es la pena.

⁴ Cfr. CARDONA Carlos, **Metafísica del Bien y del Mal**, Ediciones Universidad de Navarra, S.A. , Pamplona, 1987, p 155.

ii) La pena

La pena es en el ser personal lo que repugna a la voluntad dado que la voluntad de todos siempre tiende al bien, demostrando así que no depende del sujeto, sino que se presentan de manera que no se pueden evitar luego, como ya habíamos afirmado, de realizar alguna acción desordenada que se haya elegido por medio de la libertad y voluntad, es por esto que está estrechamente ligada con la culpa, pues se considera a la pena como el castigo.

“Debemos tener en cuenta que la pena repugna a la voluntad de tres modos:

- a) Unas veces a la voluntad actual, como cuando uno soporta una pena siendo consciente.
- b) Otras, sólo contraria a la voluntad habitual, como cuando le sustraen a uno algún bien sin advertirlo, pero le dolería si lo supiera.
- c) Otras veces, sólo va contra la inclinación natural de la voluntad, como cuando se le priva de un hábito de virtud a quien no quiere tener esa virtud, aunque, sin embargo la inclinación natural de la voluntad es al bien de la virtud”⁵.

Otra cosa que se atribuye a la razón de pena es que consista en alguna pasión, pues las cosas que se oponen a la voluntad no pueden proceder de un principio intrínseco como lo es la voluntad, sino de uno extrínseco, dicho efecto podemos llamarle pasión. Con esto se afirma pues que la pena es un mal del agente y no meramente de la acción, es decir, es consecuencia de esta.

⁵ Cfr. DE AQUINO Santo Tomás, Op. Cit. p. 660-661.

Los sufrimientos del hombre: los que le son naturales, por ejemplo los del cuerpo, el hambre, la enfermedad, la muerte, y los del alma, la tristeza, el fracaso, la pérdida, obstáculos que impiden la felicidad o el bienestar muestran que, como males de pena, esta es menor mal que el de culpa pues ya que se presenta fuera de la acción de la voluntad no implica la acción del sujeto, además de que es una carencia promovida por el Absoluto no en cuanto que busque que se realice como un bien sino porque considera la opción de corregir a los seres racionales (hombres) y llevarlos por el camino que no presenta error. Entra pues la diferencia que posee respecto al mal de culpa, la acción misma separa y se opone, como ya lo mencionamos, al Bien Increado.

Pues podemos afirmar que la pena es un mal que se presenta en el padecimiento y si alguien está padeciendo algo malo no quiere decir que sea malo pero sí está en vistas de serlo, porque quien padece algo se inclina a ello, por ejemplo: el desánimo muestra que el alma está padeciendo algún mal, mientras que, se le infiera una pasión, no está sometida a un defecto, sino que está en camino hacia el error. Es así que se puede considerar como impedimento para el correcto obrar.

Por último, respecto al mal de pena, se ha demostrado que la culpa separa al ser racional del Ser Infinito y en cuanto más separado este más grado de mal tiene: ahora bien, el mal de pena como consecuencia de la acción desordenada es un castigo, por lo tanto dicho castigo puede ser infinito. Aquí podemos hablar de lo que conocemos por medio de la revelación la existencia de penas en el más allá: el infierno y el purgatorio, sólo que en esta ocasión, por la naturaleza de nuestro estudio, no profundizaremos en el tema.

iii) El mal de naturaleza

La naturaleza es la sede de muchos males de los cuales se debe tener conciencia y poseer la clara información sobre el lugar que ocupan en un grado muy inferior al mal moral y la pena.

Los males de naturaleza se dan por las corrupciones que dominadas arrastra el cambio constante en los seres, por ejemplo: los minerales se transforman en sustancias vivas, así como los alimentos que son quemados en nuestro organismo, y una evidencia objetiva que es la cadena alimenticia; una planta crece y perece al alimentar a un animal, el cual, a su vez se convierte en presa de una especie más fuerte. En los animales el mal se presenta como dolor en el orden de la sensibilidad⁶.

Ahora analicemos los tipos de mal según Leibniz.

B) Según Godofredo Leibniz

La obra en la cual Leibniz habla sobre el tema que estamos tratando es “Ensayos de Teodicea sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal”, fue escrita en Ámsterdam en el año 1710 en francés, seis años antes de que falleciera. Se plantea el problema filosófico sobre la existencia de Dios, la justificación de su bondad y su omnipotencia frente al mal de diverso género que parece evidente en el mundo. Parte de la formulación más clásica sobre esta cuestión transmitida por el padre apologeta Lactancio, la

⁶ Cfr. MICHEL Grison, Óp. Cit., p. 224.

debida a Epicuro, quien habría planteado este cuatrima: “Dios o quiere suprimir los males y no puede: o puede y no quiere; o ni puede ni quiere; o quiere y puede. Si quiere y no puede, es impotente, lo que no es propio de Dios. Si puede y no quiere, es malvado, lo cual también ajeno a Dios. Si ni quiere ni puede, es impotente y malvado; por lo que no es Dios. Si quiere y puede, lo cual sólo a Dios conviene: ¿de dónde provienen entonces los males? O ¿por qué no los suprime?”⁷

El propio filósofo confesó “*Hay quizás pocas personas que hayan trabajado en este asunto más que yo*”, pues meditó este problema durante toda su vida. Refutaba a los filósofos que afirmaban que Dios pudo haber obrado mucho mejor y por lo tanto no tiene perfección en todo lo que hace. Leibniz defendió “*que el mundo no es sólo la máquina más admirable, sino que es también, en tanto que está integrado por espíritus, la mejor república, mediante la cual se otorga los espíritus la máxima felicidad o alegría posible.*”

En varios de sus artículos de su Diccionario, Pierre Bayle, el escéptico francés defendió que la razón encuentra en la existencia del mal en el mundo un obstáculo casi imposible de superar para la admisión de la providencia divina, la cual sólo por la fe puede ser aceptada. A lo que Leibniz da la más completa solución respondiendo al problema de Epicuro.

Ya en su ensayo sobre el problema del mal, toma un sistema que en lo personal me parece muy similar al de Santo Tomás; propone las objeciones posibles por medio de silogismos, luego los refuta con prosilogismos y termina dando la respuesta, guiado por unas

⁷ LEIBNIZ G. W. **Compendio de la controversia de la Teodicea**, Traducción de Rogelio Rovira. Ediciones Encuentro, S.A. Madrid, 2001 p. 5.

reglas que plegadas a la lógica general también se sujetan a reglas particulares, que dependen de la observación para dar buen término a la discusión:

- a) “Primera regla: la controversia de la teodicea debe empezar por la exposición de las objeciones contra la bondad de Dios, pues el peso de la prueba (onus probando) incumbe a quien sostiene que la existencia del mal es un obstáculo insuperable para la admisión racional de la sabiduría divina.
- b) Segunda regla: las objeciones contra la bondad de Dios basadas en la existencia del mal deben ser refutadas en sus propios términos.
- c) Tercera regla: el que responde a las objeciones contra la bondad de Dios basadas en la existencia del mal tiene derecho a callar hasta tanto el objetor no le ofrezca la prueba en buena forma de una afirmación declarada dudosa”⁸.

Ya en su escrito, mediante este sistema, en las objeciones segunda y séptima habla sobre la existencia del mal en los seres racionales, especialmente en los hombres. En las objeciones siguientes se cuestionan los atributos de la moralidad de Dios a causa de la existencia del mal de culpa y de pena. De aquí partimos para conocer la división del mal que propone la cual se encuentra intrínseca en su ensayo. Leibniz solía clasificar los males, siguiendo la enseñanza de San Agustín, en metafísicos, físicos y morales; el mal metafísico es la imperfección; el mal físico son los sufrimientos; y el mal moral es el pecado.

i) Mal Metafísico

Se afirma que el mal es una privación del ser; la raíz última de la cual se genera la imperfección, donde se demuestra la finitud de lo creado, se encuentra en las ideas divinas,

⁸ LEIBNIZ G. W. Óp. Cit. p. 10-13.

lugar donde se forman las nociones individuales posibles; nuestro conocimiento no puede alcanzar la infinitud divina que se requiere para conocer las acciones de todos los individuos posibles. Por eso nuestro conocimiento es limitado: no conseguimos distinguir con precisión todas las percepciones que nos llegan, no somos capaces de dar razón de todo.

Tanto en nuestra alma como en nuestro cuerpo encontramos una infinitud que viene siendo la semejanza de lo creado con su Creador, dicha infinitud no la podemos abarcar: por eso somos contingentes. No podemos, por ejemplo, dar razón de todas nuestras acciones, pero eso no significa que no la tengan: lo que pasa es que muchas de nuestras percepciones son sentimientos confusos. Así, de los colores, olores, sabores y otros objetos de los sentidos, tenemos un conocimiento suficiente como para distinguirlos, pero no como la distinción que tienen las cosas en sí mismas: no podemos explicar por separado las notas, pautas, las razones suficientes, que esas realidades poseen. Por ejemplo, sabemos claramente que un poema o un cuadro están bien o mal hechos, pero no sabemos explicar exactamente porqué, y para explicarlo acudimos a un no sé que⁹.

El alma tiene miles de cosas en la memoria sin pensar distintamente en ella, pues si conociera distintamente este infinito sería Dios; le basta con envolver los pensamientos de manera confusa e involuntaria con los que reúne todas las relaciones de la sustancia con lo que se encuentra a su alrededor, gracias a ello somos imperfectos y podemos perfeccionarnos.

Cabe aclarar que la noción de mal metafísico no puede aceptarse como tal, ya que en primera el mal como no es un ser, no posee naturaleza propia y al abordar este concepto

⁹ Cfr. ORTÍZ IBARZ José María, **La Justificación del Mal y el Nacimiento de la Estética. Leibniz y Baumgarten**, apuntes de clase, Navarrens Universitas Studiorum, 2007, p. 154.

estaríamos afirmando el absurdo de que la carencia de algún bien es positivo. Luego, cabe conocer que quienes se empeñan en investigar lo que llaman mal metafísico no reparan en que el mal se ha sustraído a su consideración cognoscitiva. Por eso unos van a apara a la finitud entitativa; otros a la nada, como es el caso de Leibniz.¹⁰

ii) Mal físico

El origen del mal físico tiene dificultades que le son comunes al metafísico. Parte de la ley del gusto, de las alegrías para explicar que si el displacer no viene mezclado con el placer nuestro espíritu se insensibiliza, es decir, los males colaboran a la obtención de bienes superiores, son vías más cortas que nos llevan hacia perfecciones mayores. Gracias al mal que encontramos en nuestro espíritu, que cuando se hace consciente nos produce un dolor o sufrimiento, podemos así progresar, pues los conocimientos confusos del espíritu nos preparan de alguna manera al dolor que nos impide la felicidad total, pero no impiden que seamos más felices¹¹.

En estos conocimientos a la vez claros y confusos habita la actividad humana en la que se produce la experiencia estética: en el gusto estético hay un inexplicable no sé qué; el gusto, diferenciado del entendimiento, consiste en esas percepciones confusas de las que no se puede dar razón. Aunque ese placer que encontramos en el sentimiento de lo bello no es exactamente un amor puesto que para Leibniz sólo se puede amar aquello que de suyo es capaz de felicidad y un cuadro bello no puede ser feliz, gracias a ese mal, a esa finitud, a ese semidolor de nuestro espíritu, podemos seguir existiendo, podemos seguir aspirando a nuevas perfecciones; el mal se puede entender en el sentido de un bien futuro, la belleza de

¹⁰ Cfr. GONZÁLEZ ÁLVAREZ Angel, *Tratado de Metafísica*, Ontología, Editorial GREDOS, Madrid España, 1967², p. 165

¹¹ Cfr. ORTÍZ IBARZ José María, *Óp. Cit.* p. 155.

lo inacabado es nuestro bien más propio, aquel que nos permite seguir existiendo, aquel que nos permite seguir deseando.

Sólo que encontramos un pequeño detalle en las afirmaciones de Leibniz sobre el mal físico que “no comprende todos los males distintos del pecado”¹²

iii) Mal moral

También Leibniz lo llama “pecado”, tiene su fuente en los males físicos y lo afirma diciendo que la condenación eterna consiste principalmente en ser el mayor mal físico. El mal moral es malo porque procura muchos sufrimientos, si no existiera no habría mal en el mundo. Añade solamente que el pecado no es el causante del mal en el mundo sino que carece de bondad debido a que provoca males físicos.

De esta manera es como Leibniz divide los males, partiendo del problema del mal que más que obstaculizar la demostración de la justificación Divina nos ofrece herramientas para optimizarla.

En el siguiente punto profundizaremos en el término que utilizamos como preámbulo al inicio de este tratado: el Bien.

¹² GRISON Michel, Óp. Cit. p. 224.

3. EL BIEN: CONTRARIO DEL MAL

Hablar del bien parte de la reflexión de todos los días, sabemos que algo bueno es aquello que nos ofrece alguna utilidad, por ejemplo el estudio es bueno porque nos otorga conocimientos que nos ayudarán a llevar una mejor vida en muchos ámbitos de esta o hacemos referencia con el término bien o bueno a aquello que está hecho de la mejor manera o posee perfección como una obra de arte. También se puede entender el bien como aquello que todos los seres desean.

Siendo el mal la privación de algún bien es evidente que este es el contrario de los males y no está de más considerar la división o mejor dicho los tipos de bien que se conocen.

A) El Bien Supremo

O también llamado Bien Absoluto es aquel del cual proceden todas las cosas y al cual tienden como fin último. Metafísicamente es el Ser que posee la bondad en sumo grado como lo expone Santo Tomás en una de sus cinco vías con las que demuestra la existencia de este Ser con el siguiente argumento: “Vemos que ciertos seres son más o menos verdaderos, más o menos buenos, etc. Pues bien, lo más y lo menos se dicen de cosas diversas según su diferente aproximación a un máximo. Luego existe alguna cosa que es la más verdadera, la mejor y, por consiguiente, la más ser. Más lo que es lo máximo en un género es causa de todo lo que le pertenece a este género. Luego existe un ser que es, para todos los demás, causa de ser, **de bondad** y de toda perfección; y este ser es Dios”¹³. Es así como denominamos en el ámbito cristiano al bien supremo.

¹³ JOLIVET, Regis, **Tratado de Filosofía III, Metafísica**, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1957⁵, p. 342.

También podemos definirlo como Bien Infinito. El principal argumento es el de la finalidad; el argumento se expone de la siguiente manera: “*Las aspiraciones infinitas del alma humano no tendrían ningún sentido y serían sin razón si Dios no existiera, porque estaría orientadas hacia un término que no existe*”¹⁴. Por ahí se ve que lo que da al argumento su carácter propio es que afirma que lo imperfecto y relativo, a saber el deseo natural del alma humana no puede ser sino de lo perfecto y absoluto, es decir de Dios, lo cual hace intervenir el principio de finalidad, forma del principio de razón de ser. En esto difiere del argumento de los grados, que consiste en hacer ver que lo imperfecto puede ser sino por lo Perfecto, lo cual hace intervenir al principio de causalidad. No obstante, el hecho de que concluya a la existencia necesaria de lo Perfecto subsistente o del Bien Infinito, justifica que se lo emparente con el argumento de los grados, que conduce a la misma conclusión¹⁵.

Siendo, pues el Bien Supremo, al cual se tiende naturalmente será también la causa de todas las cosas buenas. En relación con el mal, dado que este es carencia de bondad, surge la pregunta ¿El Bien Absoluto (Dios) es causa de los males? Cuestión a la cual responderemos en el capítulo tercero.

B) El bien trascendental

“Siendo el bien lo que todos los seres desean, aparece en consecuencia como siendo de suyo ser y perfección, porque todos los seres desean la perfección de su ser. Así, *el fin y el bien coinciden*; lo que tiene razón de fin tiene razón de bien, y a la inversa. Y el fin puede presentarse en cierto modo en dos grados, a saber como *deseado* por los que aún no lo han conseguido, o *como deleitable y objeto de amor*

¹⁴ JOLIVET, Regis, Óp. Cit., p. 348.

¹⁵ Cfr. Idem.

para aquellos que lo poseen. Y éstos son justamente los caracteres del ser, que es a la vez objeto de deseo y fuente de deleite y de alegría. Posee pues, como tal, razón de bien, de donde se sigue que *el bien y el ser son convertibles*; todo lo que es ser es bueno en cuanto y en la medida que es ser”¹⁶.

Al hablar de bondad o “bien”, se hace referencia hacia una relación en la cual está implícita la tendencia o apetito que “nos mueve a actuar porque el hombre no tiene su propio bien en sí mismo”¹⁷, dichas tendencias tienen su raíz en las necesidades que brotan de nuestra naturaleza como seres humanos, se dice que tendemos a lo que naturalmente tenemos necesidad. Hay un orden natural que nos impulsa a buscar el bien que se le puede considerar como el botón que nos pone en acción.

“La razón de bien consiste en que algo es apetecible; por eso dice Aristóteles que el bien es lo que todas las cosas apetecen (*bonum est quod omnia appetunt*). Pero es evidente que cualquier cosa es apetecible en cuanto es perfecta, pues todas las cosas apetecen la perfección. Y algo es perfecto en la medida en que es en acto: de donde es manifiesto que algo es bueno en tanto que es ente, pues el ser es la actualidad de todas las cosas. Es, pues, notorio que el bien y el ente se identifican realmente, con la diferencia de que el bien añade la razón de apetibilidad, que no se expresa en la noción de ente”¹⁸

Debemos distinguir que el bien trascendental como ya lo mencionamos tiene relación en el apetito, es decir la conveniencia que añade la bondad al ente, pues dicha bondad expresa las cosas con su perfección que es apetecible por el hecho de ser buena, es así que

¹⁶ JOLIVET, Regis, *Óp. Cit.* p 225.

¹⁷ TÓRRES LÓPEZ Carlos, **El Acto Humano**, *Un análisis de su moralidad, según el pensamiento de Santo Tomás de Aquino*, Impresiones Creativas, Aguascalientes, Méx. 2007, p 25.

¹⁸ ALVIRA Tomás-CLAVELL Luis-MELENDO Tomás, **Metafísica**, Editorial Eunsa, España, 1993⁷, p. 180.

los seres son buenos porque son apetecibles. Los seres racionales son los que pueden percatarse de ente, es decir, la inteligibilidad, pero al hacerlo por la bondad que poseen le apetece, lo quiere.

Aclaro que las cosas no son buenas porque las queramos, sino que las queremos en tanto que son buenas. Por eso la elección se hace por aquello que nos parece lo más apto o perfecto para conseguir nuestros propios intereses y objetivos. Es así que la bondad está en el objeto, no depende de mis juicios o tendencias. El bien no va a dejar de serlo si nadie lo desea.

Por ejemplo, una persona que lleva muchas horas sin probar alimento, en cuanto llega a una ciudad lo primero que busca es comida, entra a un restaurant y ve el menú, pide lo que más le gusta pero también aquello con lo que cree que saciará su hambre. En este caso la comida es buena en cuanto que le solventa una necesidad fisiológica, pues la persona conoce que su hambre la saciará sólo con alimento que posee dicha bondad.

El bien trascendental puede dividirse analógicamente en tres tipos: bien útil, bien deleitable y bien honesto:

- a) *El bien útil (bonum utile)*: es aquel que nos sirve como medio para conseguir un bien, dicha acción se encuentra en su capacidad de llevarnos hacia otro bien y es ahí donde reside todo su valor en cuanto bueno. No es necesariamente atractivo, por ejemplo: la medicina nos ayuda a conseguir la salud pero como tal no es atractiva para el enfermo.

- b) *El bien deleitable (bonum delectabili)*: es aquel que nos trae un goce o alegría ya sea a nuestro espíritu o nuestros sentidos, por ejemplo: una obra de arte, la naturaleza, un espectáculo, etc.
- c) *El bien honesto (bonum honestum)*: es aquel que nos atrae no por la utilidad o el goce que nos ofrezca sino por la perfección que nos procura.

Los tres órdenes de bienes los distinguimos desde el punto de vista del fin al cual nos conducen. El bien primero y propiamente dicho es el que responde a la finalidad correspondiente a la esencia del ser que es el bien honesto. El bien deleitable es un fin del apetito, pero no como fin último, porque el deleite no es la totalidad del bien, sino uno sólo de los aspectos que posee. El bien útil es el último grado del bien, ya que no es fin sino un medio para conseguirlo.

Es, pues, claro que estos órdenes de bienes no son unívocos entre sí, sino análogos con una analogía de atribución.¹⁹

C) El bien moral

i) El valor en general

Para hablar de bien moral debemos comenzar por lo que es el Valor. Es frecuente encontrar charlas, comentarios, libros, artículos, etc. que contengan la palabra “valor” y no en un sentido bajo y simple como el de valor de la moneda es decir valor de la economía, sino también como término con capacidad de ser intercambiable, es decir, convertible en el

¹⁹ Cfr. REGIS Jolivet, Óp. Cit. p. 226 y 227.

de bien, por esta razón decimos que el diálogo, la cultura, la amistad, el amor son valores o admiramos una obra de arte como valiosa.

El valor forma parte de los aspectos del bien de dos maneras: primero en la línea de la “causalidad formal” o de “la especificación” y así consideramos el bien como valor; o segundo, en la línea de “la causalidad final” o llamada también de “la ejecución” y tenemos entonces el bien como un fin. Si consideramos el bien como la perfección del ser, y vemos que todos los seres la desean, por lo tanto es el bien como un valor. Sabemos que un bien es un fin en cuanto a la acción que produce al presentarse digno de ser amado; así mismo un bien es valor si es capaz de despertar el movimiento de la tendencia que le corresponde.

Por lo tanto el valor moral o bien moral es aquel que suscita en mí el deseo porque tiene la capacidad de hacerlo, es decir, despierta mi apetibilidad. Es necesario aclarar que el valor moral sólo vale relativamente al hombre, dado que es el espíritu encarnado quien atribuye una ordenación hacia el deleite y lo que procura.

Para que haya un valor es preciso que sea reconocido y apreciado por el sujeto. Un valor no es nunca pura y simplemente impuesto. El bien o valor moral vale para mí mediante una “*ratificación humana*”²⁰, por la cual reconozco que algo es bueno y conlleva a un bien mayor. Luego de hablar de manera general consideremos algunos rasgos del valor moral:

²⁰ DE FINANCE Joseph, *Ensayo sobre el obrar humano*, Editorial GREDOS, Madrid, 1966, p. 83.

a) *El valor moral es inmanente*

Esto lo decimos en el sentido de que corresponde a ciertos anhelos, deseos que se hacen valer, desear, etc. y así responden a ciertas necesidades del espíritu, a ciertas tendencias del sujeto. El valor moral designa esta armonía fundamental que existe entre el sujeto y el objeto, es así que se entiende la subjetividad de los valores.

Al hablar de inmanencia del valor, ponemos sobre todo la atracción que ejerce sobre el sujeto y su poder incluso de encarnarse, es decir, no en el sentido de implantarse en la existencia, sino de manera abstracta o ideal, dando a entender que el valor tiene la capacidad de encarnarse, llevar a sí mismo una exigencia de encarnación e implicar para el sujeto una llamada a superarse y tender hacia él.²¹

b) *El valor moral es trascendente*

No queremos afirmar que sea una idea divina o procedente de ámbitos o contextos celestiales. Al decir que el valor es trascendente entendemos que es superior a los hechos y actos, pues proviene de una premisa o un efecto de su causa. El valor supera al sujeto y para alcanzarlo debe cambiar de nivel, es decir, aunque despierte un mí un deseo, aunque ocupen un lugar en mi existencia se encuentran más allá de estas realizaciones que no son necesarias o mejor dicho contingentes. Le Senne afirma que los valores poseen un carácter de irresistibilidad pues tendemos a ellos con una fuerza mecánica o pasional.

²¹ Cfr. SIMÓN René, *Moral, Curso de filosofía Tomista*, Editorial Herder, Barcelona, 1968, p. 108.

c) El valor moral es trasindividual

El valor es para todos. Cualquier sujeto que se sitúe frente a un valor, no podrá negar la universalidad del este, ya que no sólo para él lo será. Además la característica trasindividual es comunicable, es decir, es contagioso ya que no se limita, sino que se difunde.

d) Jerarquía de valores

Existe un orden en los valores ya que su multiplicidad no es simplemente una pluralidad de manera dispersa, sino que se encuentra ordenada según un principio. Podemos considerar como principio de orden la unidad de la persona considerada en la integralidad de sus exigencias y de sus relaciones. Por ejemplo: los valores biológicos se encuentran en lo más bajo pues comprenden las necesidades o exigencias del instinto o lo que proviene de la sensibilidad animal; los valores reflejos, propiamente humanos como poéticos, estéticos, sociales, etc. perfeccionan al hombre pero no del todo; y los valores espirituales que son los que interesan a todos los hombre, es el orden de los valores morales y religiosos.²²

También se puede considerar a los valores como bipolares, es decir, forman valores contrarios: el bien y el mal, lo bello y lo feo, lo verdadero y lo falso.

²² Cfr. BASTIDA GONZÁLEZ Ignacio. **La educación afectiva como perfeccionamiento del ser humano**. Tesina que al concluir los estudios filosóficos presenta. Seminario Diocesano de Aguascalientes. Aguascalientes 2012 p. 15 y 16.

ii) Características del bien moral

a) *Los valores morales son profundamente personales*

Los valores morales van hacia lo que hay más de personal en el ser humano, es decir que van a la perfección de la libertad, buscando en el hombre la posesión de su ser, ejerciendo su existencia y dotándola de sentido. Los valores no morales, como los noéticos o estéticos, sí le pueden otorgar una perfección al hombre según la dimensión de su ser, pero no absolutamente lo hace bueno. Son pues una promoción de quien las realiza como tal, en cuanto comprometen su libertad y su responsabilidad. Es importante considerar el sentido con el que efectúa sus acciones, pues es evidente que los actos se componen de voluntad y corazón por así decirlo, por ejemplo: se puede ser un buen escritor, pero mal hombre.²³

b) *Urgencia del valor moral*

Los valores morales están presentes siempre y en todas partes, pues me lleva a actuar de manera casi inmediata, pero la llamaremos “urgente” que en un momento determinado debo escoger y obrar.

c) *Valor moral y obligación*

La obligación la entendemos como la imposición que tiene el valor moral. Cada valor tiene su forma propia de imponerse. La del valor moral se llama obligación. ¿Por qué

²³ Cfr. BASTIDA GONZÁLES Ignacio. Óp. Cit. p. 16 y 17.

afirmamos lo anterior? Dado que dicho valor me otorga una perfección no puedo evitar tender hacia él, por esta razón la acción que conlleva el valor moral es casi inevitable pues la tendencia a obrar en él se hace presente de manera evidente. Tendremos entonces una manera “obligada” para optar por el valor moral, de acuerdo a la perfección que tiene en sí mismo.²⁴

²⁴ Cfr. BASTIDA GONZÁLES Ignacio. Óp. Cit. p. 17.

CAPÍTULO II

FENOMENOLOGÍA DEL MAL

1. EL FENÓMENO DEL MAL

El problema del mal ha sido siempre visto como un serio obstáculo para elevar nuestro interés y creencia en el Ser Supremo. Su evidente negatividad claramente no compatible con El Bien Absoluto se presenta como réplica a sus innegables atributos de omnipotencia y bondad. Por eso la presencia del mal exige respuestas a nivel racional a toda la serie de cuestiones ineludibles que surgen.

Es cierto, las carencias y necesidades existenciales no se solucionan con meros razonamientos, como en este caso el misterio del mal, pero también es verdad que todo lo que existe exige una explicación racional. Es necesaria una reflexión filosófica que, aunque no solucione enteramente el problema a nivel vivencial humano, ofrezca una visión coherente de la realidad del mundo, en cuyo seno se inscribe el mal como hecho indiscutible.¹

Primeramente estableceremos en su justa medida y significación al interrogante del mal para así comenzar con el pie derecho en vistas de obtener una respuesta convincente.

¹ Cfr. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, **Dios, horizonte del hombre**, Sapientia Fidei, Serie de Manuales de Teología, BAC, Madrid, 1998², p. 267-268.

Por lo tanto hay que imponer una descripción fenomenológica del mismo que lo presente bajo aquellos rasgos a través de los cuales se capta su verdadero sentido. Así que partiremos de su presencia inconfundible y de los efectos que produce.²

El mal es una realidad en la vida del hombre con la cual ha cargado y claro que no ha quedado excluida de la historia del pensamiento. Con algunos de los filósofos más representativos sobre este tema como Heráclito, Lucrecio, Schopenhauer, Kierkegaard, tenemos que reconocer que el mal no es sólo un hecho que nuestros sentidos perciban, sino una forma de ser de la existencia.

Un “buen conocedor de la naturaleza”, como el P. Teilhard de Chardin, no puede cegarse ante el fenómeno y llegó a afirmar lo siguiente: “*Cuanto más hombre se hace el hombre, en su carne, en sus nervios, en su espíritu, más se incrusta y se agrava en él el problema del mal*”³. Los males como el dolor, los fracasos, la muerte, etc., están presentes en el proceso evolutivo del mundo, siendo éste débil para evitar las frustraciones y los fallos, esto es un hecho.

El mal se hace presente en la vida del hombre de una manera especial, lo experimenta de diversas formas, pero siempre bajo el dolor y en su expresión máxima, la muerte. Esta parece ser una especie de pérdida definitiva del ser o una derrota completa donde el hombre ve que su vida podría ser dolor radical.

² Cfr. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 268.

³ Idem.

Parece como una insoportable pesadilla que acompaña al hombre en su largo peregrinar, tanto en él mismo como en la relación con sus semejantes, haciéndose carne de su carne. Es algo así como propiedad existencial del ser humano, la cual obstaculiza o mejor dicho abre un abismo entre el ser y lo que se pretende ser, entre lo que poseemos y la plenitud que añoramos poseer, es decir, disminuye los medios para alcanzar el fin al cual tendemos.

Dicha vivencia de incumplimiento tienen una versión humana en el dolor, como hemos dicho, padecido a tres niveles. Aclaro que no estamos repitiendo, aunque puede relacionarse, una división como las que ya tratamos en el capítulo anterior, sino la representación del dolor como mal en el hombre. Las siguientes definiciones las tomaremos del libro “Dios, Horizonte del hombre” de Lucas de Sahagún.

A) Mal físico

“Es la carencia de una propiedad debida y tiene su expresión humana en el dolor. Los especialistas lo llaman centinela de la vida porque funciona como sistema de alarma, cuyas informaciones ponen en marcha mecanismos adaptativos de defensa que discurren por distintas vías de conducción. Consiste en un desarreglo o carencia de armonía del propio organismo y se presenta como dolor *señal* y dolor *vivencia*. Es una contrariedad sensible físicamente”.

B) Mal psíquico

“La contrariedad y desequilibrio no afectan solamente al orden físico. Se instalan también en una zona, no localizable corporalmente, que comprende la intimidad profunda de la persona y es resultado de la manera de relacionarnos negativamente con el entorno. Invisible y trasensible, el mal psíquico es producido por la sensación de fracaso, por la pérdida de ideales, por el oscurecimiento de la propia identidad, por el desajuste interior. Si en estas vivencias participa la libertad contraviniendo las normas y prescripciones que marcan la propia conducta, aparece la culpa o mal moral. Es una forma particular del mal psíquico producida por el mal uso de la libertad”.

C) Mal social

“Brotta del desajuste en el modo de relacionarnos con nuestros semejantes. Es la desagradable vivencia producida por el abandono de los allegados, por el rechazo de los adictos, por el olvido de los amigos, por la separación del medio social pertinente. Al igual que los males anteriores, el social hace al hombre frágil y quebradizo y lo predispone a la desesperación”⁴.

(Esta rápida descripción del mal como dolor y su triple clasificación se encuentran de algún modo en la división clásica que se ha venido repitiendo desde Santo Tomás).

⁴ DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 269.

Ya que el dolor, como mal, se evidencia de una mejor manera en el hombre, en el siguiente punto abordaremos la constitución general de este: composición, facultades que posee, así como las tendencias que lo conducen hacia la vivencia de su ser.

2. EL HOMBRE

El ser humano es el que se plantea el problema del mal. Dado que lo experimenta, lo vive, incluso lo siente parte de su ser. Es una realidad que más que negarla y evadirla debe afrontarla. No se concebiría la idea del mal si no existiera el hombre, creatura limitada, que se compone de alma y cuerpo, que posee facultades como: la inteligencia, la voluntad y, como consecuencia de estas, la libertad. Es necesario comprender los términos anteriores para abarcar de manera más profunda las razones de la cuestión sobre el mal.

A) Ser compuesto

El problema sobre la composición del hombre es tan antiguo como la Filosofía, porque desde siempre el ser humano ha experimentado en sí mismo una dualidad de tendencias que se contraponen, hacia lo bueno y hacia lo malo, hacia lo bajo y hacia lo alto. Esto ha generado como consecuencia la tendencia de atribuir las a dos principios integrantes de su naturaleza: el cuerpo y el alma. Otra cuestión iluminante es la débil aceptación que tiene el hombre sobre la muerte, no asimila la acción de dar fin a las funciones del cuerpo y al considerar la existencia del alma, se cuestiona sobre el destino que ésta tiene en el momento de que los signos vitales son nulos.⁵

⁵ Cfr. VALVERDE Carlos, **Antropología Filosófica**, EDICEP, Valencia, España, 2005⁴, p. 205.

Muchos son los que han tratado de dar respuesta convincente a tan importante cuestión. La dificultad proviene principalmente del componente humano que llamamos alma, aunque el cuerpo humano junto con ella constituyen la naturaleza del hombre. Surge más dificultad en el alma porque el cuerpo es visible, observable empíricamente, pero el segundo componente no.

i) El alma

Comenzaremos por el estudio del alma. En las expresiones más remotas que conocemos de la palabra alma, significa respiración, hálito, viento; el alma es concebida como un soplo o aliento que cuando falta el hombre muere. En hebreo *nefesh* y *ruah*, en árabe *nefs*, en sánscrito *atman*, en griego *pneuma* y *psiché*, en latín *animus* y *anima*. Todos estos términos con un matiz y otro, significan “aliento”.

Las cuestiones sobre el alma en la composición de la naturaleza humana son de la máxima importancia. Si sólo fuéramos cuerpo no tendríamos distinción de los animales, por más que en apariencia así sea. El hombre sería un animal evolucionado y sin embargo animal considerado como simple individuo.

Es el alma lo que hace que el hombre más que individuo sea persona, es decir, esencial y cualitativamente distinto y superior a los animales. También por el alma cada ser humano es único e irrepetible dotado de responsabilidad ética sobre el destino de su vida y las relaciones que ejerza con los demás, así como de deberes independientes de la especie.

Sin el concepto de alma no es nada fácil garantizar la superioridad que tiene la persona y el respeto que se le debe. Toda la dignidad de la persona proviene del espíritu (alma).⁶

a) *¿Existe el alma?*

Es necesario considerar lo que muchos filósofos han afirmado: existe el alma, pero ¿Cómo se ha de comprobar? Negar la existencia del alma sería lo mismo que negar la luz del sol que nos ilumina. El hombre ve, gusta, aprende, conoce, opera, toca, siente y vive, y la causa de dichas acciones no puede ser la materia, porque si así fuera todo cuerpo tendría estos privilegios y vemos que aunque los animales poseen corporeidad no laboran de la manera mencionada, mucho menos los cuerpos inanimados. Por lo tanto es necesaria la existencia de algo que este sobre la materia a lo cual llamamos alma o espíritu.

Con el argumento expuesto en el párrafo anterior comenzamos la demostración de la existencia del alma, pero no es suficiente así que tomaremos las siguientes razones sobre la cuestión de la existencia del espíritu según Carlos Valverde.

- 1) En primer lugar diremos que es preciso dar una razón suficiente de los actos intelectuales del hombre.⁷

Tales actos intelectuales son expresiones evidentes de que no sólo conocemos lo sensible, sino además realidades metasensibles como fenómenos específicos del ser humano. En muchas de ellas se encuentra una independencia intrínseca de la materia, como

⁶ Cfr. VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 211.

⁷ VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 212

por ejemplo: la percepción del espacio y tiempo como conceptos, entes de razón fundamentados en la realidad.⁸

Han de considerarse también los conceptos universales con los que el hombre opera continuamente. Lo sensible es concreto y singular, es lo que los sentidos captan. Pero el admirable hecho es que nosotros a partir de los datos sensibles formamos conceptos metasensibles, reales y sin embargo no materiales.

O cuando enunciamos realidades ideales: el progreso, la industria, la política, la matemática y mil otras. Con más razón puede decirse lo mismo de los principios filosóficos como el de identidad, de causalidad, de finalidad, etc., en ellos no hay nada de material. De igual manera cuando hablamos de responsabilidad, de justicia, de derechos y deberes, de democracia. Esta es la maravilla del conocimiento humano.

Ahora bien, si somos capaces de realizar actos inmateriales, tenemos que admitir que existe en nosotros un principio inmaterial. Sin él no se podría explicar nada de lo ya mencionado, pero es preciso dar una razón suficiente y una causa adecuada de tales actos.⁹

El efecto y la causa tienen que ser proporcionados, es así que vemos que los conceptos y actos abstractos son inmateriales, por lo tanto es necesario que la causa de ellos sea inmaterial, a la cual llamamos alma o espíritu.

⁸ Cfr. VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 212

⁹ Cfr. VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 213.

Es verdad que esta realidad espiritual e intelectual depende del cuerpo, por la unidad natural que forma con este, principalmente el sistema nervioso central que conocemos como cerebro.

- 2) Un segundo argumento sobre el retorno completo sobre sí mismo que es capaz el hombre.

El hombre tiene la capacidad de estar presente en sí mismo de manera refleja, es decir, posee autoconciencia. Conoce el “yo” en cuanto “yo” y sabe que sus actos todos provienen de un único e idéntico sujeto que permanece desde la infancia hasta la muerte.

El “yo” humano no sólo conoce, sino que se conoce, es así que conoce que conoce, sabe que sabe. Sólo el hombre puede reflexionar sobre el ser. Ahora bien dicha acción de reflexión no es posible en los seres materiales, pues está compuesto por definición intrínsecamente de partes extensas, exteriores las unas a las otras, de alguna manera es extraño a sí mismo. Para conocer el propio “yo” es necesario un ser simple, es decir, inmaterial, pues sólo es capaz de estar presente a sí mismo aquello que no es corpóreo.¹⁰

Afirmamos, pues, que la persona puede estar presente a sí misma, y ciertamente lo está, ya que no sólo es corpórea, no es sólo material, es también espiritual.

¹⁰ Cfr. VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 214.

3) Por último, podemos aducir otro argumento: es el hecho de la libertad.

Sólo lo inmaterial puede gozar de libertad, porque la materia y lo material están siempre sometidos a las leyes de la naturaleza físico-químicas. Sólo un ser intelectual puede ser libre y no verse sometido a la necesidad, ya que puede captar diversos grados de bondad sin que ninguno de ellos le sea absolutamente necesario. Un ser sólo material no puede autodeterminarse consciente y reflejamente en una dirección o en otra.

Los materialistas niegan la existencia del espíritu pero al hacerlo caen en una grave contradicción. Al afirmar que uno es sólo materia, están realizando un juicio el cual debe formular al ser testigo de algo distante de él que pueda observar, sabemos que la materia como tal no tiene la capacidad de autojuzgarse, es decir, reflexionar sobre sí misma, sino sólo aquello que es simple como el espíritu. Por lo tanto los materialistas al emitir dicho juicio, en lugar de demostrar la materialidad absoluta del hombre, demuestran lo contrario. Afirmar que uno es sólo materia, es posible bajo la condición de no ser sólo materia, ya que al emitir un juicio, sea cual sea, es necesaria la intervención del intelecto lo que sabemos no es material.

Una vez estudiada la existencia real del alma tenemos que intentar conocer en cuanto podamos su naturaleza.

b) Naturaleza del alma

Comenzaremos con lo que nos dice Santo Tomás sobre el alma:

Parece que el alma es un cuerpo, ya que el alma es el motor del cuerpo; pero no hay motor, que no sea movido, ya sea porque parece que ningún ser puede mover, no siendo él movido; pues no se da a otro lo que no se tiene, como no calienta lo que no es cálido; ya sea porque, si hay algún ser que mueve sin ser movido, produce un movimiento perpetuo e invariable como lo probó Aristóteles; lo cual no se observa en el movimiento del animal procedente del alma. Luego, el alma mueve siendo movida; y, como todo motor que es movido es un cuerpo, se deduce que el alma es cuerpo.

Todo conocimiento se adquiere por alguna semejanza; pero no puede haberla entre un cuerpo y su ser incorpóreo. Por consiguiente, si el alma no fuera cuerpo, no podría conocer las cosas corporales. Es preciso que el motor esté en contacto de alguna manera con el objeto que mueve: pero sólo los cuerpos pueden estarlo. Por lo tanto, puesto que el alma mueve al cuerpo, es cuerpo.¹¹

El argumento que expone el Doctor Angélico, no es equívoco, se fundamenta en el principio de contradicción y del movimiento para afirmar así que el alma es cuerpo. San Agustín afirma, en relación al argumento expuesto anteriormente, que el alma es simple respecto del cuerpo, porque no se entiende en volumen espacio local.

Adjuntando las dos afirmaciones, decimos pues, que el alma, como primer principio de vida en los vivientes que conocemos, no puede ser sólo cuerpo, sino acto de cuerpo.

Al abordar el tema de la naturaleza del alma, es conveniente presuponer lo que afirmamos en el párrafo anterior: el alma es el primer principio de vida, que anima a todos

¹¹ Cfr. SANDATE PIÑA Luis Efraín, **El hombre: cuerpo y alma**, Tesina que al concluir los estudios filosóficos presenta, Seminario Diocesano de Santa María de Guadalupe, Aguascalientes 2011, p. 34

los seres vivos, llamamos animados a los seres que viven, e inanimados a los que carecen de vida. Ésta se manifiesta por dos operaciones: conocimiento y movimiento. Es claro que cualquier principio de operación vital no es alma, pues de ser así el ojo sería espiritual. De igual manera, algún cuerpo no puede ser primer principio de vida: porque es evidente que para llegar a serlo no es cosa que convenga al cuerpo. Por lo tanto, afirmo que el alma es principio de vida, y no es totalmente cuerpo, sino acto de cuerpo.

Es necesario considerar las características principales del alma, aunque de manera breve nos servirán para obtener mayor conocimiento y profundidad sobre su naturaleza.

1) El alma es subsistente.

El alma no sólo es inmaterial, sino espiritual; además no sólo no es cuerpo, sino que no depende del cuerpo en cuanto a su existencia, *in esse*. El Aquinate refleja prudencia en la formulación de la tesis: “El alma humana”, afirmando en latín *aliquid subsistens, quod pre se existit*. Lo que equivale a atribuirle a un ser de tipo sustancial sin decir, no obstante, que sea una substancia.¹²

2) El alma es simple.

La noción de simplicidad sólo puede definirse de un modo negativo: es la ausencia de partes o indivisibilidad. Pero designa una perfección positiva.

¹² Cfr. VERNEAUX Roger, *Filosofía del Hombre*, Herder, Barcelona 2002¹¹, p. 215-216.

Considerando los grados de simplicidad existentes pues el alma se encuentra, en esa graduación, por debajo del Absoluto que posee simplicidad absoluta, y el alma aunque no posee partes físicas, sí “metafísicas” como la potencia y acto, esencia y existencia.¹³

3) El alma es inmortal.

En primera instancia debemos entender el contrario del término inmortal, que es mortal. La muerte es la corrupción o la disolución del ser vivo. Es un hecho que el hombre es mortal. Y negamos en esta caso que el alma pueda sufrir esa corrupción. Un ser puede corromperse de dos maneras: *per se* o *per accidens*. En el primer caso se corrompe en sí mismo directamente; en el segundo, se corrompe en razón de la dependencia en que se encuentra respecto a otro que se corrompe.

Es así que el alma puede corromperse *per se*, puesto que es simple. Pero no puede corromperse *per accidens*, puesto que no depende del cuerpo para existir.

Santo Tomás, para probar la existencia del alma, recurre a un argumento fundamentado en el deseo natural que el hombre posee sobre la vida y en consecuencia un cierto temor a la muerte. Podemos definirlo como “argumento psicológico” sin salir del orden metafísico. Afirma: “Todo ser tiende a perseverar en la existencia. En los seres conscientes, el deseo está regulado por el modo de conocimiento. El animal no conoce más que la existencia presente y no desea otra cosa; por no concebir la muerte, no la teme. Pero

¹³ Cfr. SANDATE PIÑA Luis Efraín, Óp. Cit. p. 37.

el hombre conoce el ser de un modo absoluto, con abstracción del tiempo, o lo que es lo mismo, según todo tiempo; desea, pues, existir siempre”.¹⁴

4) El alma es creada por Dios

Si el alma es espiritual, inmaterial, es claro que no puede proceder de la materia porque el efecto y la causa son siempre proporcionados. La materia puede producir seres materiales pero no puede producir seres no-materiales porque nadie da de lo que no posee.

Los seres contingentes necesitan la acción de Dios no sólo para ser en el primer momento, sino para conservarse en el ser. Más aún, necesitan el concurso de Dios para actuar, porque en el ser y en el actuar son siempre contingentes.¹⁵

Dios al crear el alma humana no está llenando un vacío que hubiera dejado la reproducción proveniente de los padres sino que está actuando y elevando el acto mismo de estos. Los padres serían una causa eficiente real pero instrumental, siendo Dios la causa eficiente principal del alma humana.¹⁶

En el punto siguiente abordaremos el tema del cuerpo como tal, que es el segundo elemento constitutivo de la naturaleza del hombre.

¹⁴ Cfr. SANDATE PIÑA Luis Efraín, Óp. Cit. p. 39.

¹⁵ Cfr. VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 228.

¹⁶ Ídem.

ii) El cuerpo

El filósofo pretende explicar el significado último del cuerpo humano y su relación con el alma con la que está fundido formando una unidad sustancial, como ya hemos dicho.

Muchas afirmaciones acerca del cuerpo humano nos llevan a un materialismo relativo, pues algunos hombres creen que lo más importante en la vida es la cultura o la divinización del cuerpo, esto es evidente en la actualidad, donde el ser humano busca sólo el placer de los sentidos, en lo cual cree encontrar su verdadera felicidad.

Materialmente hablando, cuerpo es toda porción de materia determinada. Así, por ejemplo, la tierra, porción de materia inorgánica, es un cuerpo inorgánico.

La naturaleza corporal no se encuentra realizada en ningún sitio más perfectamente que en el hombre que es espíritu y porque es espíritu. La materia a pesar de su aparente consistencia es lo más frágil y sólo alcanza su plenitud de sentido y de valor en el espíritu. El cuerpo no es sólo instrumento del espíritu, es como la modalidad que éste toma en el mundo.

El cuerpo, dice Rahner, es *“la autorrealización espacio-temporal del espíritu...”*¹⁷ aquello por lo que me realizo a mí mismo en el mundo. De esta manera, se explica la real y verdadera unidad del alma con el cuerpo: elementos constitutivos de la naturaleza humana.

¹⁷ SANDATE PIÑA Luis Efraín, Óp. Cit. p. 39.

Es evidente que se diferencian pero son dos componentes de un ser uno y único, de una totalidad, es decir, de una naturaleza que es la persona.

El hombre no puede ser reducido a simple cuerpo como afirman los materialistas o meramente espíritu como lo concibe el idealismo. Es, por el contrario, una síntesis perfecta de dos realidades que se funden en una única naturaleza y que juntas realizan todos los actos humanos: sentir, conocer, amar, decidir, hablar, reír, etc.

“El cuerpo es el medio a través del cual el alma toma contacto con el mundo sensible y puede así conocerlo y pensarlo. Sólo a través de la corporeidad estamos presentes al mundo y el mundo se nos hace presente a nosotros. Sólo a través de la corporeidad estamos presentes a los demás y se hace posible la comunicación infinitamente enriquecedora entre las personas. La mirada, la palabra, la risa, el llanto, los gestos, son expresiones del alma en el cuerpo, del yo en suma. Realizamos actos inmateriales como los conceptos universales, los juicios, las relaciones, los raciocinios, los conocimientos metasensibles, etc. pero a ellos no llegamos sino pasando o partiendo del sustrato material y más concretamente del cerebro corpóreo”.¹⁸

Mi cuerpo, para mí, no es simplemente un objeto, es, mejor dicho, un componente de mi yo. Así es como se entiende mejor la doctrina aristotélica del alma forma del cuerpo. El cuerpo viene a ser esencialmente cuerpo del alma y el alma, alma del cuerpo. Ya que el cuerpo sin el alma no sería más que un conjunto de organismos, sistemas y órganos físicos y biológicos que funcionan de acuerdo a su utilidad. Es así que el cuerpo, al infundirse el alma en él, pasa a ser persona. Los sistemas orgánicos están adaptados a las funciones propias de

¹⁸ VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 238.

la personas. Así la materia se eleva a un rango más alto, pues el cuerpo encuentra su valor más elevado precisamente en el espíritu.

B) Facultades Humanas

La psicología empírica no se pregunta por las facultades el hombre en cuanto tales. Se conforma con la observación y clasificación de los datos empíricos y procura hablar de funciones, no de facultades porque este concepto es más metafísico. Pero una filosofía profunda del hombre se preocupa no sólo de conocer cuáles son las facultades o potencias que permiten al hombre realizar actos de conocimiento sensitivo, recordativo, intelectual, racional o actos volitivos. Porque al realizar estos actos nos damos cuenta de que tiene la facultad o potencia de realizarlos.¹⁹

Podemos concebir la facultad como *un principio próximo de operación*. Nos basta afirmar que la persona humana está dotada de actividades diversas, sea experienciales presentativas o cognoscitivas de un objeto, sea experienciales tendenciales o apetitivas, es decir, que tiende hacia o a retirarse de él, también les podemos llamar actividades de los sentidos, intelectivas o racionales. Es indudable, pues, que en el hombre existen potencias o facultades con las cuales realiza los actos de su vida.²⁰ Abordemos en los siguientes puntos las facultades de inteligencia y voluntad.

¹⁹ Cfr. VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 143.

²⁰ Cfr. VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 144.

i) Inteligencia

Es una facultad espiritual del alma que tiene por objeto la verdad. Es por eso que hacia ella tiende y en ella se satisface. Es así que la verdad es el propio bien de la inteligencia.

Aristóteles comienza su *Metafísica* diciendo que: “Todo hombre desea naturalmente conocer”. Conocer la verdad es su acto propio y su verdadero bien. Dicha capacidad, tendencia o mejor dicho facultad de conocer, se origina en la inmaterialidad del alma, de la cual brotan las facultades espirituales.²¹

Lo primero que capta la inteligencia es la noción del ser, y de ella, en consecuencia, se derivan los primeros principios lógicos que se conocen naturalmente y que se tienen en la inteligencia en la vida diaria o de manera habitual y conforme a ellos aprendemos a realizar actos correctos de razonamiento.²²

Esta inteligencia humana es imperfecta, pero perfectible de manera indefinida. Lo que debemos considerar más importante de la inteligencia es que nos da el conocimiento de la realidad en la cual estamos inmersos cotidianamente. Tenemos la capacidad de conocer, investigar, que Aristóteles llama “intelecto agente”, pero esta capacidad necesita ponerse en acto para ir conociendo la realidad de las cosas, por eso no las comprendemos inmediatamente.

²¹ Cfr. TORRES LÓPEZ Carlos, *Óp. Cit.* p. 18.

²² Cfr. TORRES LÓPEZ Carlos, *Óp. Cit.* p. 19.

A la inteligencia la podemos conocer con dos nombres “especulativa” o “práctica”. La primera hace referencia al momento en que entiende lo que son las cosas y la segunda cuando entiende lo que debemos hacer.

“La inteligencia especulativa capta la realidad como verdadera y la inteligencia práctica la percibe como bien, que a veces hay que realizar; en la inteligencia práctica reside el hábito de la *sindéresis*, mediante el cual distinguimos las cosas buenas de las cosas malas y las acciones buenas de las acciones malas. Podemos decir que el bien y la verdad coinciden en el sentido de que la verdad es un bien para la inteligencia, y por lo tanto es deseable; y siendo deseable es aplicable a la acción, a la realización, se percibe la tendencia natural que pide que “el bien debe hacerse”.²³

ii) Voluntad

Es evidente que en la persona humana, así como existen actos representativos por medio de los que conoce la realidad, también existen actos tendenciales, son aquellos por los cuales nos sentimos impulsados o atraídos hacia una realidad, ya sea persona o cosa. Es necesario el estudio de los aspectos tendenciales, porque el obrar humano no se realiza de manera desinteresada sin tener un objetivo o mejor dicho un “fin”, sino que prepara nuestra actuación la cual nos orienta e influye en nuestro comportamiento y el desarrollo de nuestra vida, es decir, la vida humana es acción dirigida intelectualmente.

La vida está llena de acciones generadas por una facultad, es así que dicha facultad que conocemos como voluntad ha de considerarse importante en este estudio sobre el mal

²³ TORRES LÓPEZ Carlos, Óp. Cit. p. 20.

que se encuentra en el hombre, por lo tanto se ve la necesidad de abordarlo de una mejor manera.

Los escolásticos definen la voluntad como un *rationalis appetitus*. Lo cual debe entenderse así: en el hombre existen apetitos o tendencias que tienen como fin los objetos materiales, pero existe además en el hombre un apetito racional cuyo objeto al cual tiende es el bien en cuanto tal, es decir, todo el bien. Al hablar de un apetito racional hacemos referencia al que tiende a aquellos objetos que ha aprehendido por las facultades superiores de la inteligencia o la razón.

La estimulación de cualquier apetito humano depende del conocimiento que este tenga de él, pues no se puede querer más de lo que se conoce, por ejemplo: hervimos el agua porque sabemos que al hacerlo se eliminarán todo tipo de virus que impidan su consumo y así será benéfica para la salud. Al apetito sensitivo debe precederle un conocimiento sensitivo “entre conocimiento y voluntad existe necesariamente una estricta correspondencia. La voluntad no es más que una capacidad de aspiración o tendencia subordinada al conocimiento reflexivo, transmitida por éste y acorde a su esencia”.²⁴ La tendencia y el apetito sensitivo ceden el paso a un acto nuevo que es la volición, a una tendencia que sigue al conocimiento intelectual o racional.

En resumen, la voluntad siempre tiende al bien de manera natural, tiende al bien que le presenta la razón, por eso se llama apetito racional. Así como tiende al bien de manera general, también tiende al fin último y al de las demás facultades humanas que igualmente son un bien para el sujeto inteligente y libre.

²⁴ VALVERDE Carlos, Óp. Cit. p. 184.

Ha de entenderse, que no todo lo que la voluntad quiere lo quiere necesariamente, no pierde su libertad al tender al bien, al contrario es libre porque elige el bien que le parece mejor. Santo Tomás afirmaba que los seres humanos no actuamos espontáneamente, sino con objetivos previstos que identificamos como fines, es decir, todo lo que hacemos tiene una finalidad.

Sólo para afirmar, además que no podemos dejarlo de lado, la virtud que brota de las dos facultades analizadas anteriormente es: la libertad, que, de manera sencilla, podemos definir como el acto de decidir. Ha suscitado serios problemas en la reflexión sobre el actuar del hombre, en muchas ocasiones anteponiéndola como justificación errónea de los actos voluntarios que nos llevaron a experimentar el dolor de alguna manera. Por eso dichas elecciones que hacemos por medio de la libertad deben estar orientadas por la razón, para que se trate de un verdadero acto humano.

Hemos hablado de las tendencias que nos marcan la atracción hacia un bien al cual vamos guiados por la voluntad, luego de un conocimiento racional. Abordaremos en el siguiente punto dichas tendencias y sus tipos.

C) Tendencias

Lucas Lucas define el querer como una inclinación o tendencia, afirmando lo siguiente: “La tendencia es una actividad natural que tiene un fin: por ello lo específico de la tendencia es el fin”.²⁵ Los escolásticos la designaron con el nombre de “apetito” que se

²⁵ LUCAS LUCAS Ramón, **El hombre, espíritu encarnado**, *Compendio de Filosofía del hombre*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005⁴, p. 147.

deriva del latín *appetere*, que significa “dirigirse hacia algo” y se puede adoptar de manera adecuada como sinónimo de tendencia.

La palabra tendencia se puede entender en dos sentidos: como acción o como la capacidad activa de la cual nace dicha acción. En el primero surge la evidencia el ejercicio de tender y en el segundo la facultad de la cual proviene dicho ejercicio.

“La noción de apetito sensible (o tendencia sensible) nos dice que es una tendencia hacia un objeto concreto, aprehendido como bueno por los sentidos; podríamos llamarla también la sensualidad despertada por la sensibilidad. Es la tendencia o deseo de poseer determinado bien placentero o de apartarse de determinado mal doloroso. Si esa tendencia es innata y presente en todos los individuos de la especie, se la llama “instinto”, el cual puede ser “natural” si la tendencia se da sin previo conocimiento, y “elícito” cuando lo precede un conocimiento sensible”.²⁶

“Cuando esta tendencia es débil, se llama “inclinación”, si es fuerte, “deseo”, y si la tendencia lleva a la acción, “impulso”. Si la tendencia es producida por una ausencia consciente de algo, se llama necesidad. Finalmente, pasión es la tendencia duradera y fuerte, enraizada en la mente y asociada a sentimiento y emoción”.²⁷

Una vez que hemos abordado el tema de la dualidad del ser del hombre: alma y cuerpo, las facultades y las tendencias, podemos dar pie al siguiente punto en el que hablaremos de una realidad aceptada por pocos, pero estudiada por muchos, que es la

²⁶ BASTIDA GONZÁLEZ Ignacio, Óp. Cit. p. 19.

²⁷ VELEZ CORREA Jaime, **El hombre: un enigma**, *Antropología Filosófica*, Conferencia del Episcopado Mexicano, México, 1995, p. 94.

existencia del mal en el hombre. Como ya lo hemos mencionado, en el ser humano se evidencia de una mejor manera la ausencia de ser y de bien que encontramos en nuestro entorno. La voluntad humana siempre tiende al bien. Entonces surge la pregunta. Si la voluntad del hombre, la cual lo lleva a actuar, tiende al bien, ¿Por qué existe el mal en el “espíritu encarnado”? Cuestión a la que daremos respuesta en el siguiente inciso.

3. EL MAL EN EL HOMBRE

A) El hombre: ser imperfecto

Al definir al hombre como ser imperfecto, en primera instancia debemos hablar sobre lo que es perfecto, como su contrario.

La palabra perfección proviene del conjunto de dos vocablos latinos: *per* y *factum*. Lo que esta unidad de palabras significa es la realización de un ser en su totalidad, es decir, que no le hace falta nada. Sabemos que todo ser contingente (se entiende como contingente, aquel ser que es considerado no necesario) está siempre en acto y potencia, está siendo y está por ser otra cosa. Lo que nos indica que los seres con los cuales tenemos contacto comúnmente no podrían ser perfectos, porque aunque estén en acto, tiene la potencia de llegar a ser algo mejor, lo que demuestra que no están siendo en su totalidad. Es así que debe existir un Ser que posea el acto puro, que su esencia sea existir, que es plenamente lo que es y posee el ser que es el suyo en grado supremo. Por lo tanto, dado que los seres se mueven y tienen de sí una causa, ha de ser la causa y ese motor primario el Ser Perfecto, que llamamos Dios.

Al afirmar que Dios es Perfecto, no queremos decir que sea un cúmulo de valores y de perfecciones añadidas, sino que nada carece en cuanto acto puro. “Los antiguos en gran número no supieron encarar en materia de principios más que sólo el principio material. Ahora bien, el principio material primero es en efecto el más imperfecto de todos: es lo indeterminado, base de la evolución universal, la potencialidad pura que el esfuerzo de la naturaleza conduce al acto. Pero este principio no basta, y realmente no es lo que nosotros hemos hallado en nuestras búsquedas. Lo que nosotros llamamos Dios, es ante todo el primer principio eficiente ahora bien, lo eficiente en cuanto tal es acto, lo mismo que la materia en cuanto tal es potencia. Lo mismo pues que la materia prima es soberanamente imperfecta, al no contener ninguna especie de acto, del mismo modo el agente primero debe ser soberanamente perfecto, al no contener en sí ninguna potencia. Un Dios que tiene la capacidad de llegar a ser un dios absurdo: es todo lo contrario de un Dios. Y no se diga: los comienzos de todas las cosas son siempre imperfectos. Por ejemplo, el árbol proviene de una simiente, pues si él produce en virtud de otro agente que contiene de una u otra manera lo que de ella ha de surgir. El ser que nosotros colocamos en la base de la actividad universal no debe concebirse en estado de semilla, de grano, sino en su pleno desarrollo y dotado de una perfección suprema”.²⁷

Esta perfección que encontramos en Dios abarca en su unidad todo lo que de perfección contienen las criaturas. Por ejemplo: el hombre como criatura, dotada de inteligencia y voluntad, posee la perfección de conocer, es así que el efecto contiene parte de la causa, que en este caso es Dios, por lo tanto Dios posee el conocimiento perfecto de las cosas.

²⁷ SERTILLANGES A. D. **Santo Tomás de Aquino**, *Versión castellana de José Luis de Izquierdo Hernández*, Tomo I, Ediciones Descleé, Buenos Aires, 1945, p. 186.

La causalidad es una comunicación de cierto género, y al observar lo que el sujeto paciente tiene, podemos deducir lo que el sujeto agente posee bajo una forma cualquiera. Esta forma debe ser superior en valor al paciente, porque el agente es acto, en relación al efecto que pasa por el de la potencia al acto. Por lo tanto, ya que Dios es primera causa agente, es necesario que todas las perfecciones encontradas en sus efectos preexistan en Él de un modo superior.²⁸

Al analizar el argumento anterior pareciera que estamos refutando lo que en este punto tratamos de demostrar, lo cual aclaro, no es así. Se dice que el efecto posee parte de la causa, pero sólo parte, no en sí la totalidad del agente. Porque la similitud nace de una determinación idéntica, diremos entonces que dos seres son semejantes cuando son común es en su forma. “Ahora bien esto acontece de la siguiente manera. La forma participada en uno y en otros puede ser participada según la misma razón, es decir: de manera que respondan a un mismo concepto, y al mismo tiempo según el mismo modo, es decir, en la misma medida. Entonces no sólo existe semejanza, sino igualdad en esta similitud y, por consiguiente, similitud completa. O bien la forma participada lo es según la misma razón, pero no según el mismo modo. Se da entonces semejanza real, pero con una diferencia de grado, y por consiguiente es ya semejanza imperfecta”.²⁹ Así demostramos que la existencia del hombre como efecto de Dios, posee perfección pero no totalmente sino en grado inferior que la del Ser Supremo.

Dado lo anterior, afirmamos, pues, que en el hombre se encuentra cierta perfección de la cual brotan sus actos y estructuras específicas, sin embargo no deja de ser un ser contingente, es decir, no necesario para el curso de la naturaleza. Ahora bien, sabemos que los seres contingentes encuentran su causa en un Ser perfecto totalmente y por consiguiente

²⁸ Cfr. SERTILLANGES A. D. Óp. Cit. p. 187.

²⁹ SERTILLANGES A. D. Óp. Cit. p. 188.

más perfecto que ellos mismos, demostrado por la cuarta vía que Santo Tomás ofrece para demostrar la existencia de Dios,³⁰ por lo tanto el hombre es un ser imperfecto en cuanto que es efecto de la causa primera y está en potencia de llegar a esa perfección.

B) La tendencia del hombre al mal

Hemos estudiado las facultades que tiene el hombre como inteligencia y voluntad, así como las tendencias que ejerce sobre las cosas que al conocer por la inteligencia, quiere por la voluntad.

Afirmamos también que el objeto propio de la voluntad es el bien. Surge pues la cuestión ¿Por qué el hombre elige hacer el mal, si se supone que suele tender siempre a lo que es bueno? Y respondemos de una manera clara y sencilla, repuesta que ofrece el profesor de Ética Pbro. Dr. Carlos Torres López. “El hombre tiende al mal por la gran cantidad de bien que éste presenta”. Luego de reflexionar sobre dicha respuesta, yo me preguntaba ¿Cómo es que el mal presenta bien, si el mal se define como carencia de bondad? Cuestión a la cual respondemos de la siguiente manera: dado que la voluntad del hombre, como ya se ha dicho varias veces, no puede tender a otra cosa que no sea lo bueno, se entiende pues que el hombre al obrar de manera equivocada, provocando un sufrimiento ya sea en sí mismo o en sus semejantes, es porque en esa acción encuentra subjetivamente un bien. Por ejemplo: un narcotraficante, al ejercer su labor como delincuente, tiene que

³⁰ Cuarta vía: “En efecto, vemos que las cosas son más o menos buenas, más o menos verdaderas, más o menos nobles, y así con atributos semejantes. Ahora bien el más y el menos se dicen de las cosas diversas según que diversamente éstas se acerquen a aquello que realiza el máximo. Hay, pues, alguna cosa que es soberanamente verdadera, soberanamente buena, soberanamente noble, y, por consiguiente, soberanamente ser, pues, como dice Aristóteles en la Metafísica, lo que es supremo en cuanto a la verdad, lo es también en el ser; por otra parte lo que se dice soberanamente tal en un género cualquiera es causa de todas las cosas de este género, como el fuego caliente al máximo es causa del calor de todo lo demás, tal como se dice en el mismo libro; por tanto, hay alguna cosa que es para todos los seres causa del ser, de la bondad y de toda perfección. Es lo que llamamos Dios”. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 164 y 165.

realizar actos inhumanos como asesinar, sabemos por la ética y la religión que matar es una acción intrínsecamente mala, ya que priva de la vida al hombre, es decir, se priva del ser. La realiza, tal vez sabiendo que está haciendo algo malo, pero no se detiene por la gran cantidad de bien que en esa acción encuentra, como: obtener bienes materiales, quitar de su camino a personas que le estorben para realizar su trabajo, etc.

Se habla de un bien subjetivo en cuanto que la persona, es decir, el sujeto así lo considera para sí o sus allegados, aunque no lo sea.

Si el mal toma en nosotros una apariencia de ser, la razón de ello es clara, que la nada como tal no puede ser objeto. Pensar en la nada es pensar en el ser y en sus límites positivos y en lo que podría o debería terminarlo, en razón de su naturaleza o de la concepción que uno hace de ella: esto es entonces pensar en el ser dos veces en vez de una y sin ninguna paradoja se puede decir: Hay algo más de la idea de que la nada sea rica en ser, no es una razón para que la nada sea y se trata de la nada absoluta que responde a todo el ser en virtud de la nada relativa que responde a su perfección.³¹

En un sentido más espiritual. En la sociedad en la que actualmente nos desarrollamos se habla mucho sobre la felicidad del hombre. Una constante búsqueda que parece, en muchas ocasiones, no tener fin. ¿Qué es la felicidad? No daremos una respuesta profunda ya que no es la cuestión de nuestro tratado. Pero es conveniente hacer mención de dicho término que ejerce gran discusión entre los pensadores.

³¹ Cfr. SERTILLANGES A. D. Óp. Cit. p. 324.

La felicidad puede definirse como: “El estado del alma consecuencia de la posesión del bien o de la esperanza de obtenerlo”,³² y para conseguirla hay que definir el bien que deseamos alcanzar y el camino que seguiremos para conseguirlo. Sabemos por la experiencia que lo anterior pocas veces se realiza de manera óptima en el hombre, ya que este busca la felicidad, pero a veces, no lo hace en el lugar correcto y como consecuencia se encuentra obteniendo aquello que parece bueno pero que en realidad es malo. Sólo lo perfecto puede poseer la felicidad en plenitud, es decir Dios, el Sumo Bien, si el hombre tendiera siempre a este Bien, aseguro que encontraría la felicidad que busca, pero es evidente que los sentidos no experimentan con facilidad dicha felicidad y menos al buscar un Ser Supremo que no es visible ni palpable. Esto puede ser también un argumento del porque el hombre suele tender a lo malo.

En definitiva, el mal que se encuentra en el hombre es adquirido por su libertad, ya que por la inteligencia y la voluntad, elige aquello que le parece lo mejor aunque no lo sea. Esta acción de elegir por el bien o mal obrar, siempre traerá consecuencias y con más razón si se obra mal.

C) El mal como pecado

El pecado, teológicamente, se define como muerte, no de la vida biológica, sino del alma, en cuanto que puede perderse del camino que la lleva hacia su felicidad plena, pues ya habíamos hablado sobre la inmortalidad que esta posee.

³² FERNÁNDEZ PACHECO Javier, **La alegría interior**, Editorial PATMOS, Madrid, 2009, p. 13.

Pecado y culpa designan en la teología la rebelión intencionada contra la voluntad de Dios, de modo que el pecado comporta un acto de hacer o cometer pecado, mientras que la culpa señala la relación con el actuante, tener pecado. Tanto uno como el otro suponen una decisión libre. Es importante mencionar que la culpa de sí tiene un sentido puramente antropológico, pues es en el hombre donde reside.³³

“En la historia de la teología pecado y culpa van estrechamente unidos a la interpretación que se hace de la gracia y de la redención por Cristo. En principio cabe decir que los padres de la Iglesia griegos entienden pecado y culpa desde la perspectiva de la economía salvífica; es decir, desde el plan salvífico y eterno de Dios. Pecado y culpa son una enfermedad de la voluntad humana frente a la acción salvadora y sanante de Dios. Sólo la incredulidad obstinada es un pecado de muerte, ya que se cierra definitivamente a esa acción sanante. Por el contrario, los padres latinos intentaron entender el pecado y la culpa más bien mediante conceptos jurídicos. Representan una injusticia contra Dios, que destruye la relación salvífica con el mismo Dios. Tal relación únicamente puede restablecerla. Toda rebelión libre y grave contra el mandamiento de Dios desencadena por sí mismo la muerte y la condenación. Desde esa perspectiva la escolástica medieval elaboró la distinción entre pecado mortal y pecado venial; dicho de otro modo, entre pecado que separa de Dios y el que pone en peligro o debilita esa relación salvífica con el creador. Típica de esa teología occidental es la concentración en las relaciones individuales de cada uno con Dios y en el grado de culpa”.³⁴

Los hombres que se encuentran en pecado, por la revelación, se consideran condenados, en ellos hay que contemplar una doble voluntad: la deliberativa y la natural. La natural no procede de ellos, sino del Autor de la naturaleza, que puso en ella esa inclinación, que es el amor natural; es ese aspecto la naturaleza de los condenados sigue siendo buena y

³³ Cfr. BEINERT Wolfgang, **Diccionario de Teología Dogmática**, Ed. Herder, Barcelona, 1990.

³⁴ BEINERT Wolfgang, *Óp. Cit.*

buena su voluntad. Pero la voluntad deliberativa si procede de ellos mismos, es el amor electivo, en cuanto tenían potestad para inclinarse, por el afecto, a esto o lo otro; y esa voluntad que reside en ellos es sólo mala porque se han apartado del último fin de la voluntad directa, que es lo que hace buena a la voluntad deliberativa o amor electivo. Los condenados quieren mal su bien por eso no pueden obtenerlo.³⁵

La inclinación a querer la propia perfección está naturalmente en todos, de manera que nadie quiere o puede querer lo contrario. Pero no está en la voluntad creada la inclinación a subordinar la propia perfección a un fin superior. Dicho acto debe ser realizado electivamente, eligiendo aquello que por encima de mi propia perfección debe ser amado, es decir, aquello que es, que posee el Ser de manera absoluta. Para hacer esa elección, el querer el bien para Dios antes que el bien para mí, se presenta el momento de la prueba: se da la oportunidad necesaria a la libertad creada para que elija. El agente voluntario se preestablece ese fin por el cual actúa. Si ese fin es diferente del Bien Infinito, resulta el pecado, como desamor y preferencia por el propio bien finito, en el que el pecador se fija como en su último fin.³⁶

Sabemos que en el momento de la muerte humana, se realiza la separación espíritu y cuerpo. Cuando la voluntad humana entra en la eternidad, se inmoviliza en su elección. Si la elección era mala, el hombre será condenado, como ocurrió a “Belcebú” o dicho de una manera más coloquial, el demonio. Espíritu puro rebelde que por su elección; permanece inmóvil en el mal por dos causas: la primera porque le compete a su propia voluntad y la segunda al adherirse inmóvilmente a él, que le compete por su propia naturaleza. Así ocurre con el hombre, cuando su alma entra en la eternidad, si libremente se ha fijado en el mal, en el pecado, le sobreviene el mal de pena, del cual ya hablamos en el capítulo primero, que es

³⁵ Cfr. CARDONA Carlos, p. 172.

³⁶ Ídem.

la privación del bien al que naturalmente aspira y dicha privación es en definitiva la eterna soledad, es decir, el infierno.

El origen del pecado lo encontramos en Adán y Eva, primeros seres humanos en habitar la tierra, según las Sagradas Escrituras, al desobedecer la voluntad Divina quedaron privados del Bien Supremo, a este pecado lo conocemos como pecado original. Los teólogos distinguen entre el pecado original originante, que fue el pecado personal de nuestros primeros padres, del pecado original originado, que es la situación que heredamos nosotros de ellos a causa del pecado que cometieron. Por ellos el mal entró en el mundo y en el corazón de cada una de las personas. No profundizaremos en lo anterior, pues son temas correspondientes a la Teología.

D) Consecuencias del pecado

Es evidente que el dolor no ha podido entrar total y naturalmente en el mundo, pues el mal de pena sigue al mal de culpa. El dolor que comúnmente experimentamos en nuestra vida diaria ha sido introducido por el pecado.

El hombre ha intentado comprender el dolor casi desde que lo ha experimentado por primera vez. Una cosa es clara: que el dolor es la retribución apropiada al mal que hemos hecho; el hombre que ha obrado mal debe sufrir. La afirmación anterior nos demuestra la infinidad de ocasiones en que hemos visto que el pecado que unos cometen puede ser pena para ellos mismos o para otros.³⁷

³⁷ Cfr. CARDONA Carlos, Óp. Cit. p. 173.

Nos damos cuenta de que el mal que existe en el hombre se deriva de otro mal. Es importante considerar esta paradoja sobre la que ya hemos hablado, la tendencia del hombre a obrar desordenadamente, aun sabiendo que eso traerá consecuencias igualmente graves o peores. El ver que las personas sufren, están tristes, mueren, etc. nos habla de la urgente necesidad del hombre por encontrar su felicidad. La cual se busca muchas veces no en los lugares correctos, consecuencia evidente del pecado.

Otra consecuencia es la pérdida del conocimiento de Dios. Podemos hablar de la demostración de un Ser Supremo, de la creación, de la perfección, incluso de la experiencia de algunos místicos, donde tuvieron, como don, un acercamiento tal a la divinidad que afectó hasta sus sentidos. Pero ¿Sabemos lo que en realidad es Dios? Pues obviamente no, todo lo que podamos afirmar y demostrar sobre Él apenas son balbuceos acerca de la verdad suprema.

Esta ignorancia sobre la divinidad, es la que ha traído todo lo que ya hemos afirmado, el mal en el hombre: el sufrimiento y el dolor, que muchas veces lo lleva a cuestionarse si existe un Dios creador, que afirma crear todo perfecto y bueno. Pero lamentablemente la experiencia nos dice que no. Surgen inmediatamente las interrogantes ¿Si Dios es el creador, y Él es el bien absoluto, por qué existe pues mal en el mundo? ¿Dios es la causa del mal? ¿Lo conoce? Son las cuestiones a las cuales trataremos de dar una respuesta convincente en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

EL MAL Y DIOS

1. JUSTIFICACIÓN RACIONAL

Hemos abordado en el plano humano y fenomenológico el misterio del mal. Las diversas situaciones y hechos que muestran su cara de una forma negativa de la cual sería imposible no plantearse cuestiones fundamentales sobre “la carencia del Bien”, tales como: Si se dice que existe un Ser infinitamente Perfecto, qué creó todas las cosas buenas, ¿Cómo es posible que exista el mal? ¿Cuál es su origen y que destino tiene? ¿Es en efecto un ser esencialmente bueno? O plantearnos el problema como lo hizo Godofredo Leibniz.

La filosofía aporta grandes herramientas para el planteamiento de preguntas y respuestas sobre el mal y, aunque esta cuestión tiene que ver mucho con la religión y la cultura mitológica, se encuadra en un marco más existencial y pragmático que teórico y especulativo. No se puede prescindir, sin embargo, de su planteamiento categorial en una reflexión filosófica sobre Dios. Es cierto que carencias y necesidades no se solucionan con meros razonamientos, pero también es verdad que, como ya lo hemos dicho, todo lo que existe exige explicación racional.

Si el mal no es entidad alguna, naturaleza sustancial ni elemento del mundo, sino deficiencia y carencia, ¿a quién se debe dicha carencia y qué sentido tiene? En otros términos, ¿Puede el Ser producir seres carentes de la perfección debida?

Como no siempre se ha entendido el mal en su justa medida y sentido propio, su problema ha sido mal planteado y ha obtenido soluciones confusas, cuando no, evidentemente, erróneas. Al reducir el mal al pecado y a la culpa, olvidando su aspecto ontológico, hay quienes han puesto su causa en Dios, principio de todo lo que existe. Surge entonces la teodicea para justificar la bondad y el poder de Dios ante el hecho del sufrimiento debido a la perversión humana y a los desequilibrios de la naturaleza. De este modo se confunden los planos filosóficos y teológico¹.

Sin negar el orden teológico y admitiendo los planteamientos de la tradición religiosa, es necesario, por razón de método, ligarnos a la explicación estrictamente racional de la presencia del mal en el mundo y la coherencia lógica de su compatibilidad con el Ser Supremo y Bien Absoluto. La cuestión es más profunda que sólo preguntarnos de la manera clásica si Dios quiere y no puede o de si puede y no quiere evitar el mal. En cualquiera de los dos casos saldría mal parada la causa divina y el problema radical seguiría intacto. Se trata de saber por qué Dios creo de hecho un mundo finito e imperfecto, ¿Merecía la pena hacerlo así? El problema se resuelve en estas dos afirmaciones: *“el mal es necesario y, además, compatible con un Dios omnipotente y bueno”*. A continuación abordaremos la primera afirmación y la segunda en el último punto de este capítulo.

Definido el mal como imperfección, privación de un bien debido o ser defectuoso, de donde derivan sus diversas formas y expresiones, la pregunta se refiere a la posibilidad de

¹ Cfr. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 272.

crear un mundo absolutamente perfecto sin posibilidad para el mal. Ahora bien, el mundo creado implica necesariamente finitud constitutiva y por lo mismo, imperfección ontológica o limitación en el Ser. Su condición finita se opone a su omniperfección².

Por lo tanto, la finitud comporta no serlo todo e implica carencia de propiedades y perfecciones que no están plenamente realizadas en el sujeto. En ocasiones, la posesión de unas propiedades entra en conflicto con la existencia de otras. Por ejemplo, la racionalidad en el hombre limita el poder del instinto, lo mismo que la inteligencia impide el pleno desarrollo del sentido. En los animales la sensibilidad está más desarrollada y el instinto es más perfecto que en el hombre, pero éste alcanza su plenitud en el orden intelectual por el que supera al resto de los seres.

Pues bien, el mal que se asienta precisamente en la forma finita de ser, no es adventicio y añadido, sino necesariamente derivación, cuya expresión se encuentra en su misma realidad.

A) Imposibilidad de la existencia de un ser finito-perfecto

Comenzaremos con la pregunta: ¿por qué un mundo creado no puede ser omniperfecto? Sencillamente porque es un contrasentido; es inconcebible en virtud de su naturaleza y estructura. Pensarlo completamente perfecto desde el principio sería lo mismo que exigir un círculo cuadrado. No es que Dios no pueda hacerlo, sino que es irrealizable en sí mismo. La omniperfección se opone a la creación, que equivale a participación. En ese caso no sería un mundo, sino otro Dios imposible.

² Ídem.

Si dejamos a un lado la imaginación, habrá que convenir, que así como una figura cuadrada no puede ser circular a la vez, de la misma manera no se puede concebir un mundo finito e infinito a la vez, es decir poseería propiedades contradictorias: la finitud, limitación, carencia, y en consecuencia, mal; la infinitud, en cambio, excluye el límite, es plenitud y perfección en el ser y en el obrar, existe desde siempre y para siempre, es bien absoluto. Ahora bien, por ser creado, nuestro mundo es finito y deficiente, no es perfecto, por lo tanto es espacio para el mal³.

Podría parecer que el argumento anterior no proporcione una explicación a nivel humano, pero ofrece la justificación racional y coherencia lógica exigidas por la mente. Consideradas las cosas de este modo, el mal no es la antiteodicea y generador del ateísmo, sino la proteodicea y pretexto de la existencia de Dios.

2. LA CAUSA DEL MAL

El bien que tiene capacidad de ser o venir a menos, no es causa suficiente de la deficiencia en acto, sino en cuanto es actualmente defectuosa. Pero no se trata de una causa *per se*, sino *per accidens*, ya que sabemos, que todo efecto tiene parte de la causa y todo agente obra en cuanto es en acto, y esto evidentemente tiene razón de bien.

Toda causa tiene de suyo un orden al cual debe adherirse porque es determinado a su efecto, lo que se hace ordenadamente no es malo, el mal sobreviene al obrar esquivando ese orden, y por lo tanto sólo cuando algo es capaz de obrar desordenadamente.

³ Cfr. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 274.

Si algo está en la debida disposición y aptitud para recibir la moción del Primer Agente, consigue una acción perfecta, pero si no se pone en la debida disposición y aptitud para recibir esa moción de su efecto, es decir, EL QUE ES, sigue una acción defectuosa entendiendo que lo que hay de defecto está en la acción del agente que decae de ese orden del Primer Agente. Esta deficiencia sólo es posible en aquellos entes que además de ser movidos por Dios, se mueven a sí mismo en cuanto dotados de libertad, por la que pueden disponerse, desviarse, no ponerse en continuidad con la acción trascendente divina y su orden propio al último fin. Así lo que allí hay de desorden o deformidad, no tiene a Dios por causa, sino sólo a la libertad creada⁴.

La causa del mal es el bien en la medida en que el mal puede tener causa, es decir *per accidens* y no *per se*. En primer lugar, porque lo que tiene causa *per se* es intentado por su causa, en cambio lo que surge al margen de la intención del agente no es efecto *per se*, sino *per accidens*, por ejemplo, la excavación de un sepulcro es causa *per accidens* del hallazgo de un tesoro, pues se logró al margen de la intención del cavador del sepulcro. En segundo lugar, por el hecho de que todo efecto tiene parte de su causa, ahora bien toda causa agente obra en la medida que está en acto, que pertenece a la razón del bien, por eso el mal no se asemeja a la causa agente. Resulta por lo tanto que el mal no tiene causa *per se*. En tercer lugar, resulta lo mismo del hecho de que toda causa *per se* tiene un orden cierto y determinado a su efecto. Pero lo que se hace de acuerdo con el orden no es malo, sino lo que sucede fuera del orden, como ya lo hemos mencionado, por eso el mal en cuanto tal no tiene causa *per se*⁵.

⁴ Cfr. CARDONA Carlos, Óp. Cit. p. 156-157.

⁵ Cfr. DE AQUINO Santo Tomás, Óp. Cit. p. 647-648.

“Es necesario, no obstante, que el mal tenga alguna causa, pues es claro que, dado que el mal no es algo existente *per se* sino algo que está en otra cosa como privación –que es la falta de lo que debería estar por naturaleza y no está–, porque el ser malo está al margen de la naturaleza en aquello en lo que está; pues si alguna cosa tiene alguna deficiencia natural, no se puede decir que sea su mal, como no es mal para el hombre no tener alas ni para la piedra no tener vista, porque es según la naturaleza. Pero todo lo que está en alguna cosa al margen de la naturaleza tiene que tener alguna causa, porque el agua no estaría caliente sin alguna causa. Por eso resulta que todo mal tiene alguna causa accidental, puesto que no puede tenerla *per se*. Ahora bien todo lo que es por accidente se reduce a lo que es *per se*, pero si el mal no tiene causa *per se*, como se ha demostrado, resulta que sólo el bien tiene causa *per se*. Y la causa *per se* del bien sólo puede ser el bien, puesto que la causa *per se* produce algo semejante a ella. Luego resulta que el bien es la causa accidental de cualquier mal. Más sucede también que el mal, que es un bien defectuoso, es causa del mal; no obstante, es necesario concluir que la primera causa del mal no es el mal, sino el bien”⁶.

3. RELACIÓN DE DIOS CON EL MAL

Las características previas que fundamentan la existencia del mal, son meramente convincentes en la rama filosófica que abre pautas suficientes para formular argumentos que denoten la existencia de la “ausencia de bien”. Luego de analizar la justificación racional y la respuesta a la cuestión común sobre este tema: ¿Cuál es la causa del mal?

Por la filosofía medieval conocemos la existencia de Una Causa Primera de todo lo que existe contingentemente, que es motor primero pero inmóvil a la vez, que posee la

⁶ DE AQUINO Santo Tomás, Óp. Cit. p. 648-649.

perfección en grado sumo, así como omnipotencia e infinitud, omnisciente y por lo tanto la Bondad Suprema. Como ya sabemos, la primera causa del mal es el bien de manera accidental dado el orden que se sigue de manera incorrecta provocando una desemejanza con el ser en acto que potencia dicho orden y que debe llevar a un fin. Ahora bien, si ese Ser Absoluto llamado Dios conoce todas las cosas ¿es posible que conozca el mal, si este es ausencia de bien? ¿Cómo puede el Bien Supremo conocer aquello que sólo existe en ausencia de sí mismo?

A) Ciencia de Dios sobre los males

Santo Tomás, en su tesis sobre *Si Dios conoce el mal*, comienza dando cuatro argumentos que tratan de demostrar lógicamente que no lo conoce y son los siguientes.

1. “Porque dice el filósofo que el entendimiento que no está en potencia, no conoce la privación. Pero el mal es privación del bien, como dice San Agustín. Por consiguiente, si el entendimiento divino nunca está en potencia, sino siempre en acto, según hemos visto, parece que Dios no debe conocer el mal”.
2. “Toda ciencia, o es causa de su objeto o está encausada por él. Pues, como ni la ciencia de Dios es causa del mal ni está causada por él, síguese que Dios no tiene ciencia de los males”.
3. “Todo lo que se conoce, o es por una representación o por su opuesto. Ahora bien, Dios lo conoce todo por su esencia, según hemos dicho, y ni la esencia divina es imagen del mal ni el mal se opone a ella, ya que, como dice San Agustín, nada es contrario a la esencia de Dios. Luego Dios no conoce el mal”.

4. “Lo que no se conoce en sí mismo, sino por otro, se conoce de un modo imperfecto. Pues bien, Dios no conoce el mal en sí mismo, puesto que para ello sería necesario que el mal estuviese en El, ya que lo conocido ha de estar en el que lo conoce. Pero si lo conoce por otro, esto es, por el bien, lo conoce de un modo imperfecto, cosa inadmisibles, porque ningún género de conocimiento es imperfecto en Dios. Luego no tiene ciencia del mal”⁷.

A lo que el mismo Santo Tomás responde: que el que conoce una cosa con perfección ha de saber todo lo que le puede sobrevenir. Pero hay bienes a los que puede ocurrir que sean destruidos por el mal. Luego Dios no los conocería con perfección si no conociese también el mal. Ahora bien las cosas son cognoscibles según el modo de ser que poseen, y como ya sabemos que el ser del mal consiste precisamente en la privación del bien, así como Dios conoce el bien, conoce también el mal.

Y en cuanto a las objeciones expuestas también da la respuesta para refutarlas lógicamente y con argumentos convincentes sobre la ciencia que Dios tiene sobre el mal. A la primera objeción argumenta lo siguiente: se ha de entender que en el sentido de que el entendimiento que no está en potencia no conoce la privación por alguna privación existente en él. Es esto, debido a que las formas simples e indivisibles no están en nuestro entendimiento más que en potencia, ya que si estuviese de hecho, no las conoceríamos a manera de privación, sino como las conocen las substancias separadas. Por tanto, Dios no conoce el mal por alguna privación que haya en él, sino por el bien opuesto. A la segunda objeción responde: la ciencia de Dios no es causa de los males, pero es causa del bien por lo que el mal se conoce. A la tercera: sabemos que el mal no se opone a la esencia divina, ya que no puede destruirla, se opone a sus efectos, que Dios conoce por su esencia, y por conocerlos, conoce los males opuestos. Y por último, a la cuarta objeción argumenta la

⁷ DE AQUINO Santo Tomás, **Suma Teológica**, De Dios Uno, I-I, q. XIV, a. X, ad. I, ad. II, ad. III, ad. IV. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947², p. 577.

siguiente: conocer una cosa por otra es modo imperfecto de conocer, cuando tal cosa es cognoscible por sí misma, cualidad que el mal no posee como tal, porque es de esencia del mal ser privación del bien, y, por tanto, no es posible definirlo ni conocerlo más que por el bien⁸.

Es evidente, por lo tanto que para Santo Tomás de Aquino Dios conoce el mal, pero conviene dar un paso más hasta encontrar el medio objetivo en el que Dios conoce el mal. Y refiriéndonos, en primer lugar al mal físico, parece claro afirmar que de él tiene Dios conocimiento de visión. A esta especie de mal pertenece en propiedad la explicación que acabamos de dar, Dios conoce el mal físico por el bien opuesto, y conoce el bien, y por él sus privaciones, en la esencia divina, por ciencia de visión.

La dificultad adquiere todo su gravedad cuando el mal que se trata de conocer es absoluto en sí mismo considerado. Es lo que ocurre con el llamado mal moral, como el pecado. Sin salirnos del campo estrictamente filosófico, debe decirse que Dios conoce el mal en su decreto permisivo.

La ciencia de Dios, con voluntad adjunta, es causa de todas las cosas: de las que se dicen buenas y de las que se llaman malas. Pero lo es de distinta manera. Porque ha de advertirse, en primer lugar, que precisamente por ser la ciencia de Dios causa de las cosas, porque lleva adjunta la voluntad, no es indispensable que existan, hayan existido o tengan que existir las cosas que Dios conoce, sino únicamente las cosas que él quiere o permite que existan. En segundo lugar, Dios quiere permitir que se haga el mal, tal permisión tiene razón de bondad. Por ello, sin este divino querer que exista o sin querer permitir que exista, ninguna cosa puede tener realidad. De aquí que la ciencia de Dios sea causa de las cosas de

⁸ Cfr. DE AQUINO Santo Tomás, Óp. Cit. p. 77, 79.

dos maneras: en cuanto lleve adjunta voluntad positiva de querer que existan, es causa positiva aprobativa, y en cuanto lleva adjunta voluntad de querer permitir que existan, es causa permisiva o sustentiva, y al propio tiempo, reprobativa. Por lo mismo se distinguen dos decretos divinos: el aprobativo y el permisivo. Y es así, en este sentido que decimos que Dios conoce en su decreto permisivo el mal moral que la criatura racional hace⁹.

B) El mal “pro Deo”

A lo largo de la historia del pensamiento se han presentado testimonios en contra de la existencia divina debido al hecho del mal. Todos ellos no hacen más que contraponer el mal real a la bondad y omnipotencia, que son atributos a los cuales no se puede concebir Dios. El hecho, dicen estos testimonios, hace entonces imposible a Dios, porque niega sus propiedades esenciales.

Una concepción de esta índole, que presenta al mal como realidad entitativa y sustancial hace inviable cualquier intento de justificación de Dios y termina con toda teodicea. Pero a estos se les olvida algo muy importante: el bien y el mal no se relacionan como realidades subsistentes opuestas y excluyentes. Se trata, más bien, de una privación que hace al sujeto que la padece parcialmente bueno. Su presencia no representa o refuta la existencia divina, sino un reclamo y exigencia de la misma divinidad que es el Bien Supremo. Una necesidad que haga crecer el bien, y disminuya el mal.

⁹ Cfr. GONZÁLEZ ÁLVAREZ Ángel, *Tratado de Metafísica-Teología Natural*, Segunda Edición Corregida, Editorial Gredos, España, 1986, p. 426.

Evidentemente y como lo dice nuestro título demostraremos lo contrario. Tal como ha sido planteado el problema, la presencia del mal en el mundo, lejos de hablar en contra de Dios, postula su existencia.

En este tema no podemos prescindir de la cuestión de sentido. Si el mal es carencia y privación, solamente se percibe y comprende racionalmente desde la perfección y lo positivo, es decir desde el bien, como ya lo mencionamos. Su conocimiento, lo mismo que su padecimiento, es fruto de una comparación, cuyo punto de referencia no puede ser un bien relativo, sino absoluto y supremo.

Ante este problema ontológico, la razón postula la existencia del Bien por encima y más allá de los males que parasitan el universo; un bien irreversible y absoluto, en comparación con el cual es como percibimos las carencias o bienes parciales que experimentamos como males. Frente a este Bien Supremo (Dios), las deficiencias percibidas pierden todo su sentido de realidades en sí. El sinsentido y contradicción expresados por el mal solamente desaparecen racionalmente ante la presencia real y objetiva de un ser absolutamente bueno donde adquieren plena significación la realidad existencial y los postulados de la moral. La absurda evolución del mundo, es decir, de lo que va a más, sólo se salva con la certeza de la existencia de otro Absoluto sobre el cual el mal no tiene dominio y en cuya presencia desaparece por completo. Esta es la única alternativa razonable, no fundado en la fe, sino detectada por la razón ante la marcha ascendente de la realidad. La impone el sentido profundo del ser descubierto por la razón cuando interpreta los hechos a nivel filosófico. Sin Dios, la muerte, suprema expresión del mal, sería la última palabra y, por lo mismo, nada tendría sentido, y la historia, fruto del esfuerzo esperanzado de todas las generaciones, abortaría sobre sí misma en su total aniquilación¹⁰.

¹⁰ Cfr. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 275-276.

En definitiva, al mal es una forma de dársenos y de expresarse la finitud y la deficiencia constitutiva, cuyo conocimiento lleva al hombre a la afirmación de Dios como única explicación de este mundo limitado. La limitación, que se hace evidente bajo las formas diversas de mal que existen, obra en favor del Absoluto, es decir, “*pro Deo*”.

Ante la presencia del mal, el orden ético se convierte en postulación y reclamo de Dios, como bien absoluto. Este tipo de razonamiento se basa en la exigencia de sanción de la rectitud de la conducta humana. Sanción que solamente puede venir de una instancia suprema, Sumo Bien, que contrarreste las energías del mal, asegurando la plena felicidad del hombre y la humanidad.

C) Compatibilidad de Dios con el mal

Compatibilidad de Dios con el mal no significa connivencia, es decir, como si tuvieran un acuerdo o pacto mutuo, mucho menos permisión o visto bueno. El Absoluto es la oposición radical y respuesta única al misterio del mal. Por eso, más que representar un impedimento sobre la existencia de Dios, habrá que afirmar lo contrario: Dios es la objeción contra el mal. Lo cual nos afirma que el discurso que justifica la existencia del mal que da en segundo término, mientras que la oposición y la lucha, capitaneadas por Dios mismo, ocupan el primero.

Sólo un mundo sin historia, cuyo único protagonista fuera el ser infinito, estaría exento del mal. Pero si existiera un mundo con estas semejanzas sería, como ya lo mencionamos, redundancia de Dios, una representación idéntica del mismo, mejor dicho,

una copia. Y sabemos que nuestro mundo no es así. Es una realidad finita capaz de infinitud mediante un lento proceso de crecimiento y maduración, en el que el ser creado alcanza a través del hombre su plenitud en la comunión y acercamiento con el Absoluto. Descubrimos en lo anterior un primer paso para responder a la interrogante de si vale la pena la existencia de un mundo defectuoso como el nuestro.

Cuando Dios se decide a crear no elige entre un mundo con mal y otro sin él. Opta por el ser en vez de la nada, esto confirma lo que ya habíamos dicho sobre el mal, que podría definirse como el no ser. Aunque el resultado temporal de su acción este cuajado de negatividades y carencias, no es para instalarse definitivamente en ellas, sino para superarlas, ya que el ser creado como efecto lleva parte de la causa, es decir, de su Creador, que es bueno por esencia. El acto creador es el espejo de transparenta su voluntad y propósito, que no son otros que comunicar su ser en la criatura, especialmente al hombre, a quien llama a participar de su vida y perfección, de su infinita bondad¹¹.

En el estado actual en que se encuentra el mundo, vemos que la creación no ha dejado de formarse. Como sistema orgánico, se encuentra en período de crecimiento animado por un principio interno que la impulsa hacia el bien y el triunfo definitivo de su espíritu. Es historia multiforme que se cumple superando etapas en dirección de lo mejor, es la más alta síntesis del espíritu y termina siempre sucediendo. Si el mundo evoluciona y este movimiento se encamina a la realización de la persona, es necesario que el no-ser, es decir, el mal, decrezca y aumenten el ser y el bien¹².

Al lado de la naturaleza, en la que el hombre se encuentra en el centro, está incesante la presencia divina, ayudando siempre a conquistar su perfección máxima. Más aún, se halla

¹¹ Cfr. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 277.

¹² Ídem.

en constante lucha con la naturaleza a través del hombre en contra de todo lo que impide su desarrollo y liberándola del mal. Es el combate de Dios mismo, porque es la lucha por la liberación total, sólo posible mediante el difícil y trabajoso ejercicio de la libertad humana, que madura lentamente con el apoyo del Absoluto, sin Él, nada podría llegar a su perfección total.

De este modo, lo que es imposible al principio, se consigue al final del trayecto, en la meta, y lo que aparecía como un contrasentido, el mal, entra de lleno en los designios del Creador. Es así que cambia completamente el panorama, de manera que la relación de Dios con el mal estriba en la misma posición de Dios, sujeto activo y no origen del mal, como ya lo mencionamos en el segundo punto. Propiamente Dios se presenta como su adversario, como el anti-mal. Por esta razón, más que preguntarse por la causa del mal, hay que hacerlo por su comprensión y vencimiento (¿Qué sentido tiene y cómo puede ser salvado?), en este caso, Dios aparece inmediatamente combatiendo junto al hombre; mejor aún, éste descubre que la lucha que está llevando a cabo la hace con Dios, porque su causa es común a ambos.

En este contexto es donde hay que interpretar la afirmación tomista que considera buena la permisión del mal por Dios: “*Dios quiere permitir que se haga el mal, y esto es bueno*”¹³. Lo mismo que San Agustín, para quien Dios no permitiría el mal, si su potencia y su bondad no fueran capaces de obtener el bien incluso del mal. Mejor dicho, bajo un régimen de evolución generalizada, el mundo se presenta a la reflexión filosófica dependiendo de un Bien Absoluto (infinita) en el cual adquiere su perfección última. De otra manera, el mal no es tal, sino evolutivamente y en relación a un bien futuro último.

¹³ DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 279.

La causa del mal, entendido de una forma meramente religiosa, es la desesperanza o la falta de fe en lo que Dios quiere que se haga para que el mundo sea verdaderamente humano. Que el hombre aprenda a colaborar libremente en el progreso del bien en el mundo, que renuncie a sí mismo y de esta manera no caiga en la idolatría de la finitud humana.

No hay mal a no ser que el mundo vaya a ninguna parte sabiendo que tiene la tarea de dirigirse hacia ese lugar. En este caso, el mal sería el *no-sentido* del fin del mundo. *Sinsentido*, que no puede ser superado más cuando Aquel que es el sentido mismo de lo existente (Dios) padezca en su propio ser la ley del *no-sentido*, dotado de coherencia al absurdo que supone su pasión y su muerte.

Se puede considerar lo anterior como mero juego de palabras. De ningún modo es así. La solución del problema del mal sólo puede pensarse en términos escatológicos, es decir, como acabamiento y transfiguración de este mundo defectuoso. La realidad del mundo no es primordial, sino secundaria. La verdadera realidad es la del espíritu y su reino. Este mundo divino penetra el nuestro y se deja entrever en todo lo que existe, pero no establece en él un orden perfecto y una armonía completa, que no puede pensarse más que como cumplimiento final¹⁴.

La existencia del mal como problema filosófico conduce a la cuestión del mal como misterio que pide coherencia racional. Pero se debe considerar que el régimen epistemológico de su planteamiento está más próximo a la apologética que a la filosófica pura. En el plano explicativo se presenta ciertamente como un problema, mientras que, visto desde el destino del hombre y desde el valor de la existencia, tiene mucho de misterio.

¹⁴ Cfr. DE SAHAGÚN LUCAS Juan, Óp. Cit. p. 280.

Que la criatura tenga la posibilidad absoluta de llegar a su total perfección y felicidad completa, nadie puede negarlo. Pero que dicha posibilidad sea realizada en algún momento determinado de la historia, ya no resulta tan claro, porque lo que tiene perfecto cumplimiento al final, no siempre es posible desde el principio y a lo largo de su trayectoria. Es aquí donde se hace necesario el concurso del tiempo como factor esencial del crecimiento, ya que el ser humano y la realidad global con él, se forja en el lento madurar de la historia.

Es evidente que no pretendemos afirmar que Dios determine realizar al final lo que desde un principio pudo haber hecho. Las decisiones del Absoluto son únicas desde el comienzo, pero respeta el modo de ser de las cosas, especialmente el del hombre, le impone una legalidad que se compromete a cumplir libremente para que sea el hombre quien, con su ayuda, logre su plenitud en la comunión definitiva con Él.

CONCLUSIÓN

Es evidente que lo que parece cubierto por un velo, dicho de manera metafórica, siempre supondrá un sentimiento de curiosidad por parte del hombre, aquello que no parece claro a sus sentidos lo conducirá a emprender la búsqueda de eso que llama misterio.

Al llegar al final de esta investigación nos damos cuenta de la enigmática situación del misterio del mal. Tal vez dimos respuesta a ciertas cuestiones pero no agotamos en su totalidad lo que se puede abordar sobre este tema. Aunque esperamos sea de mucha ayuda la investigación.

Luego de analizar con detenimiento algunos de los datos expuestos anteriormente, es sorprendente captar la atención comenzando por definir algo que no posee ser como tal, pues es la ausencia de ser. Y leyendo los escritos siguientes, percatarse de la evidencia tan profunda que tiene en el hombre y que más que destruir la posibilidad de la demostración del Absoluto, nos conduce por un hilo tan visible a la conclusión de que haya mal es necesario. Podría sonar paradójico por un momento pero por medio de la reflexión nos mantenemos firmes en la afirmación de que no hay nada de ilógico en que haya mal en el mundo.

Muchas personas al colocarse en un ángulo del cual puedan observar de la mejor manera su vida y el caminar de esta, se encuentran con que el bien no es algo que haya existido en todo momento o que haya permanecido patente en toda situación. Lo que los lleva a afirmar “el mal existe” dado los sentimientos negativos que trae como consecuencia la falta de algún bien. El hombre se pregunta ¿por qué? ante la desgarradora realidad y antepone la cuestión sobre la existencia de un Dios bueno, poderoso, perfecto, etc. Cuando en realidad es porque Dios decidió con toda su bondad crear un mundo en el cual se pueda disfrutar gran parte de lo que Él es.

El mal, un misterio que estrictamente describirlo es una tarea difícil, pero apasionante al observarlo tan de cerca y descubrir su causa en el bien (de manera accidental, como ya se mencionó), más que conducirnos a tomar una actitud de rechazo ante esta presencia evidente nos debe de llevar a la contemplación y valoración de todo lo bueno que vemos y sentimos en este mundo que nos ha tocado experimentar y vivir, es cierto que no todo posee el “bien” pero también sabemos que todos los seres metafísicamente hablando lo son y moralmente tal vez no todos demuestren esta afirmación pero son la minoría.

El bien se puede degustar, disfrutar, nos trae la alegría, el gozo, el éxito, la sensación de paz y tranquilidad, en fin, sentimientos y emociones que denotan estabilidad y bienestar. El mal nos trae dolor, sufrimiento, nos arrebató, muchas veces de manera brusca, la paz, y nos puede dejar en la pérdida del sentido, lo anterior es cierto y no podemos situarnos en una postura irrealista al negarlo totalmente, porque queramos o no de que hay mal, hay mal. Pero más que un derroche de sensaciones negativas puede ser la oportunidad de crecer, de levantarse una y otra vez, de darnos cuenta que como seres creados podemos más de lo que imaginamos, puede enseñarnos a caminar, a construir y dominarnos, porque las alegrías se disfrutaron y ya, los males se viven, duele, pero dejan una gran enseñanza.

Desde un plano antropológico, imaginemos que la vida es como una escuela donde tienes que aprender a vivirla: las clases son esos dolores y males inevitables que muchas veces cansan, fastidian y una que otra vez resultan interesantes, pero como nos dejan conocimiento; las alegrías son esos recesos que se disfrutan y se gozan, que son los que nos abren los ojos ante la afirmación de que no todo es malo.

Y así es como concluimos este tratado, analizado desde la filosofía, pero que deja las puertas abiertas para emprender su estudio desde la Teología que nos permite creer y saber que aunque haya mal en el mundo, existe un Dios capaz de dominarlo y ayudarnos a nosotros los hombres a contemplar algún día el Bien Absoluto.

BIBLIOGRAFÍA

ALVIRA Tomás – CLAVELL Luis – MELENDO Tomás, **Metafísica**, EditorialEunsa, España, 1993⁷, 289 Págs.

BASTIDA CONZÁLEZ Ignacio, **La educación como perfeccionamiento del ser humano**, Tesina que al concluir los estudios filosóficos presenta, Seminario Diocesano de Aguascalientes, Aguascalientes, 2012, 66 Págs.

BEINERT Wolfgang, **Diccionario de Teología Dogmática**, Ed. Herder, Barcelona, 1990, 803 Págs.

CARDONA Carlos, **Metafísica del Bien y del Mal**, Ediciones Universidad de Navarra S. A., Pamplona, 1987, 232 Págs.

DE AQUINO Santo Tomás, **Opúsculos y Cuestiones Selectas**, Edición Bilingüe, Biblioteca de Autores Cristianos, Serie Biblioteca Clásica, Madrid, 2003, 1034 Págs.

DE AQUINO Santo Tomás, **Suma Teológica**, De Dios Uno, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947², 1055 Págs.

DE FINANCE Joseph, **Ensayo sobre el obrar humano**, Editorial GREDOS, Madrid, 1966, 474 Págs.

DE SAHAGÚN LUCAS Juan, **Dios, Horizonte del hombre**, Sapientia Fide, Serie de Manuales de Teología, BAC, Madrid, 1998², 312 Págs.

FERNÁNDEZ PACHECO Javier, **La alegría interior**, Editorial PATMOS, Madrid, 2009, 140 Págs.

GONZÁLEZ ALVAREZ Ángel, **Tratado de Metafísica**, Ontología, Editorial GREDOS, Madrid España, 1967², 466 Págs.

GONZÁLEZ ÁLVAREZ Ángel, **Tratado de Metafísica-Teología Natural**, Segunda Edición Corregida, Editorial Gredos, España, 1986, 550 Págs.

JOLIVET Regis, **Tratado de Filosofía III, Metafísica**, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, Argentina, 1957⁵, 433 Págs.

LEIBNIZ G. W., **Compendio de la controversia de la Teodicea**, Traducción de Rogelio Rovira, Ediciones Encuentro S. A., Madrid, 2001, 29 Págs.

LUCAS LUCAS Ramón, **El hombre espíritu encarnado**, Compendio de Filosofía del hombre, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005⁴, 379 Págs.

MICHEL Grison, **Teología Natural o Teodicea**, Curso de filosofía tomista, Editorial Herder, Barcelona, 1998⁴, 257 Págs.

ORTÍZ IBARZ José María, **La Justificación del Mal y el Nacimiento de la Estética. Leibniz y Baumgarten**, apuntes de clase, Navarrensis Universitas Studiorum, 2007, 157 Págs.

SANDATE PIÑA Luis Efraín, **El hombre: cuerpo y alma**, Tesina que al concluir los estudios filosóficos presenta. Seminario Diocesano de Santa María de Guadalupe, Aguascalientes, 2011, 71 Págs.

SERTILLANGES A. D., **Santo Tomás de Aquino**, Versión Castellana de José Luis de Izquierdo Hernández, Tomo I, Ediciones Descleé, Buenos Aires, 1945, 341 Págs.

SIMÓN Rene, **Moral, Curso de Filosofía Tomista**, Ed. Herder, Barcelona, 1968, 404 Págs.

TORRES LÓPEZ Carlos, **El Acto Humano**, Un análisis de su moralidad, según el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, Impresiones Creativas, Aguascalientes, México, 2007, 151 Págs

VALVERDE Carlos, **Antropología Filosófica**, EDICEP, Valencia, España, 2002⁴, 333 Págs.

VELEZ CORREA Jaime, **El hombre un enigma**, Antropología Filosófica, Conferencia del Episcopado Mexicano, México, 1995, 444 Págs.

VERNEAUX Roger, **Filosofía del Hombre**, Editorial Herder, Barcelona, 1988¹¹, 224 Págs.

ÍNDICE

Introducción	II
CAPÍTULO I: DEL MAL EN GENERAL	1
1. Definición del mal	2
2. Tipos de mal	3
A) Según Santo Tomás de Aquino	3
i) El mal moral	4
ii) La pena	5
iii) El mal de naturaleza	7
B) Según Godofredo Leibniz	7
i) Mal metafísico	9
ii) Mal físico	11
iii) Mal moral	12
3. El bien: contrario del mal	13
A) El Bien Supremo	13
B) El bien trascendental	14
C) El bien moral	17
i) El valor en general	17

ii) Características del bien moral	21
CAPÍTULO II: FENOMENOLOGÍA DEL MAL	23
1. El fenómeno del mal	24
A) Mal físico	26
B) Mal psíquico	27
C) Mal social	27
2. El hombre	28
A) Ser compuesto	28
i) Alma	29
ii) Cuerpo	38
B) Facultades humanas	40
i) Inteligencia	41
ii) Voluntad	42
C) Tendencias	44
3. El mal en el hombre	46
A) El hombre: ser imperfecto	46
B) La tendencia del hombre al mal	49
C) El mal como pecado	51
D) Consecuencias del pecado	54
CAPÍTULO III: EL MAL Y DIOS	57
1. Justificación racional	58
A) Imposibilidad de la existencia de un ser finito-perfecto	60
2. La causa del mal	61
3. Relación de Dios con el mal	62
A) Ciencia de Dios sobre los males	63

B) El mal: pro Deo	66
C) Compatibilidad de Dios con el mal	68
Conclusión	V
Bibliografía	VIII
Índice	XII